

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATOLICO. APOSTOLICO. ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administracion.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administracion no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administracion, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbitero y D. Quintín Zavileza.

PARTE EXTRANJERA.

No hemos recibido aun el discurso de M. Thiers que, por lo que se deduce de algunos periódicos, ha causado bastante impresion en Francia. La interpelacion del célebre orador versaba sobre los asuntos de Alemania y, según el telégrafo nos dijo, al esplanar su interpelacion M. Thiers aconsejó como medio salvador en las presentes circunstancias, volver a la política de equilibrio.

Por de pronto se nos ocurre hacer una observacion, a saber: que Francia acaba de entrar sin duda alguna en el periodo de la decadencia. A todas las naciones les llega su turno y no es de extrañar que después de tantos años de gloria para ese país vengan días de humillacion. Que ha entrado en ese periodo lo prueba el que desde la guerra de Prusia, los personajes políticos de Francia de todas las ideas, y el pueblo entero que toma parte en los asuntos públicos de tanta trascendencia, no cesan de decir que es preciso recobrar lo que se ha perdido, por más que el Gobierno sostenga que no se ha perdido nada, y es necesario bajar los humos a Prusia de cualquier manera que sea.

Para M. Thiers el medio de que «todo vuelva a su primer estado», consiste en adoptar la política de equilibrio ó de balancin. Para nosotros esto no pasa de ser una solucion puramente accidental que, a nuestro juicio, no aniquilaria las causas de la agitacion que se nota en Europa, del afán por las grandes nacionalidades que corresponden a las grandes ambiciones y de la inseguridad de los Gobiernos que no cuentan con ejércitos aguerridos, numerosos y temibles.

No podemos estudiar con todo fundamento la idea de Mr. Thiers. al hablar de la política de equilibrio, porque el telégrafo ha sido muy sobrio en palabras. Sin embargo, diremos algo sobre lo que se entiende por esta política y lo que se debe entender.

La política de equilibrio en el caso presente significa, política que impida la absorcion de unas Potencias por otras, en razon a hallarse equilibradas las fuerzas de todas de modo que las fuertes sean el amparo de las débiles, sin que puedan ser su verdugo por no lastimar los intereses de otras fuertes tambien, que se opondrían siempre a los atropellos. Esta política data de 1815 cuando se hicieron los tratados que impedían la supremacia tiránica de una sola Potencia en Europa, como la que habia estado ejerciendo Francia bajo el cetro de hierro de Napoleon I. Esta política, como hemos dicho, no podia dar nunca más que una solucion accidental. Y en efecto, apenas se ha creído una Potencia más ó menos lastimada ó más ó menos sujeta por esos tratados que son origen de tal política, esa Potencia ha hecho todo lo posible por romperlos y dar así rienda suelta a sus aspiraciones.

Esta ha sido la conducta de Francia en los últimos años. Bien claramente lo dijo Napoleon hace algun tiempo en un discurso, no pronunciado en Paris, por cierto; allí proclamó la necesidad de romper los tratados de 1815, cuya ruptura han dado tan propicia ocasion a Prusia para ponerse en punto de ejercer el imperio de la Alemania unida. Esto sin duda no entraba en la mente del Emperador de los franceses, que no creyó a nadie en aptitud para aprovecharse tan pronto y tan favorablemente de una ruptura que solo en interés de Francia se hacia. Se llevó chasco, y el chasco tal vez sea mas trascendental de lo que a primera vista parece. He ahí por qué M. Thiers aconseja que se torne a la política de equilibrio, y nosotros, patrocinando la frase, repetimos tambien que debe tornarse a la política de equilibrio, mas no a esa que M. Thiers conceptúa salvadora. Ya hemos manifestado que solo podia dar soluciones accidentales esa política, y sin embargo, nosotros aceptamos para una solucion definitiva el planteamiento de la política de equilibrio. Pero veamos qué entendemos nosotros por esta política.

Equilibrio vale tanto como armonia: armonia quiere decir orden: orden, en el mejor sentido de la palabra, significa unidad en el bien. De manera que equilibrio, en último resultado, es lo opuesto al desorden, que significa unidad en el mal. He aquí dos unidades, si es lícito decirlo así, que chocan incesantemente, que se hacen una guerra cruda de cuyo éxito depende siempre el porvenir de las sociedades. Ahora bien: cuando a la palabra equilibrio no se le da todo el valor que tiene, tratase entre los que quieren conciliarlo todo de equilibrar las fuerzas de esas dos unidades mencionadas: la unidad en el bien y la unidad en el mal; lo que quiere decir que se trata de equilibrar el orden con el desorden, ó de otro modo: que se trata de equilibrar el equilibrio con el desequilibrio.

A este absurdo se llega cuando las palabras no significan lo que deben significar. Mientras la llamada política de equilibrio se concrete a un sistema de compensacion de fuerzas y de influencia, no podrá decirse que está planteado el absurdo. Pero qué raíz tiene esa política de equilibrio, elevada ya al orden social desde el puramente mecánico? Su raíz es el absurdo que hemos demostrado: la conciliacion de dos enemigos irreconciliables.

Mas demos a la palabra equilibrio su verdadero valor; pongamos que el equilibrio es la marcha uniforme y armónica de todos los elementos sociales hacia el bien, prestando ayuda las fuerzas exuberantes de unos a la debilidad de otros: ¿quién habrá que no comprenda toda la necesidad que tenemos de volver a la política de equilibrio? De este equilibrio nace, como naturalmente se desprende de lo que llevamos dicho, un odio invencible al mal como enemigo absoluto que es de todo orden, y por lo tanto, de todo equilibrio. Así, que la política fundada en semejante equilibrio no es inactiva y cobarde como alguien podria creer, sino profundamente activa y en extremo valiente. Como en su marcha regular y compacta hacia el bien tiene que vencer innumerables obstáculos, su actividad y su valor precisamente han de ser extremados para llegar al fin que se propone. Por eso creemos que no hay en el mundo un Monarca en quien se pueda ver la viva representación de la política de equilibrio como en nuestro gran Felipe II. Este Rey, tan calumniado por los protestantes, de quienes han sido vil y miserable instrumento algunos historiadores malamente católicos, se distingue en su política, como ningún Gobierno puramente temporal, por una unidad admirable en el bien y un odio, un horror inmenso hacia el mal. De aquí nacia su equilibrio, de aquí su actividad extrema, de aquí su valor inalterable.

¿Es esta la política de equilibrio que en el fondo desea Mr. Thiers? No, seguramente; y sin embargo, esta es la que está reclamando Europa, esta la única que podria salvarnos de la catástrofe que nos amenaza. ¿Hay quien practique hoy tal política, se nos dirá? ¿es posible siquiera? Y nosotros contestaremos; sí, es posible y tanto que todavia hay quien la practique en la tierra. Una palabra compendia admirablemente todo el sistema político de que estamos hablando; esa palabra héla aquí: *non possumus*. Quien la ha pronunciado, ese conoce a fondo y practica sinceramente la política de equilibrio. En la prosperidad como en la desgracia, con grandes ó con pequeños Estados él no transige nunca con el mal, ni cesa de combatirle un punto, al mismo tiempo que marcha seguro, tranquilo y recto por el camino de la unidad en el bien.

No lo dudemos ni un instante: mientras la política del Pontífice no tenga imitadores en Europa, Europa no se salvará en el orden político por más equilibrios, consideraciones, transigencias y tratados que se hagan.

Adóptese, si, la política de equilibrio; pero sea tal como debe entenderse: unidad en el bien: horror al mal.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Trieste, 15.—El estado de la Emperatriz Carlota de Méjico ha empeorado.

Copenhague, 15.—El Rey y la Reina de Dinamarca han salido ayer para Londres.

Berlin, 15.—El Rey ha recibido en audiencia de despedida al señor Rancés, ex-representante de España.

Constantinopla, 15.—Se han enviado refuerzos a Candia y a Tessalia.

Huseim-Bajá tomará el mando de todas las tropas turcas en Candia.

Paris, 16.—El general Bazaine envía a decir de Veracruz, con fecha 6 de Marzo, que contaba embarcarse el 10 de Marzo, después que el último de los soldados franceses haya dejado la ciudad. (Montor.)

Ayer, en el Cuerpo legislativo, los señores Emilio Olivier y Garnier Pagés hablaron en favor del principio de las nacionalidades y de la unidad italiana y alemana.

El ministro Rouher contestaría probablemente hoy al discurso de Mr. Thiers.

Paris, 16.—Contestando Mr. Rouher al discurso pronunciado por Mr. Thiers, ha dicho que la Francia no tiene el menor motivo para alarmarse a consecuencia de los sucesos ocurridos en Alemania. El día en que la Prusia amenazara el equilibrio europeo, Francia é Inglaterra, unidas, le harían comprender que ha pasado el tiempo de las locas ambiciones. Rusia encontraría tambien el Occidente reunido contra ella si intentara realizar en Oriente los sueños que se le atribuyen. Ningún peligro amenaza, pues, a la Francia, y las coaliciones estinguídas no renacerán por cierto en el reinado de Napoleon III.

El discurso del ministro ha sido acogido por la Cámara con grandes muestras de aprobacion. El lunes 18 continuarán los debates.

Lisboa, 16.—La Cámara de diputados ha aprobado el proyecto del Gobierno sobre impuestos, por 100 votos contra 47.

Mañana tendrá lugar en esta capital el meeting que estaba anunciado.

Bruselas, 16.—Se cree probable la retirada del ministerio completo.

Berlin, 16.—Los periódicos confirman que el viaje de Benedetti no tiene objeto político.

La insistencia de esta negativa infunde sospecha.

Paris, 16.—Las noticias que se reciben hoy de la insurreccion de Irlanda, presentan completamente dominado el movimiento.

Paris, 16.—La cotizacion oficial de hoy es la siguiente: 3 por 100 francés, 69.50 (baja 65 cént.). 4 1/2 francés 96.50 (baja 90 cént.). Consolidados ingleses, 91 1/8 a 1 1/4.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 18 DE MARZO DE 1867.

A continuacion insertamos la carta que hemos recibido del ilustrado y celoso Cura párroco de Fuentecalada, en que se confirma la doctrina expuesta por nosotros acerca de la exencion de la contribucion de consumos, de que gozan ó deben gozar los individuos del Clero que no tienen otra renta que la dotacion que perciben segun el Concordato vigente.

La claridad y fuerza de sus razones no necesitan ser realizadas por nosotros.

Dice así:

Señor director de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

FUENTECALADA, Marzo 13 de 1867.—En el mucho tiempo que he leído el diario que usted tan acertadamente dirige, he tenido el gusto de ver tratados en él con no menos esquisito tacto que suma delicadeza varios y escabrosos puntos, apareciendo en el núm. 2,191 uno que, si no difícil, es de grande interés para la digna y benemérita clase parroquial, cuyo asunto ocupa bastante la mente de los individuos a quienes se les hace sentir su peso. Yo, señor director, no voy a enmendar su plana, porque no lo necesita; voy solo, si cabe, a dar más fuerza a su pensamiento.

Nada más justo y razonable que a los Párrocos y demas que ejercen la cura de almas no se les imponga consumo, cuando no tienen propiedad particular. En la ley antigua disfrutaban los ministros del Señor las ciudades y ejidos que les fueron señaladas de orden de Dios sin contribuir con tributo alguno; a los ministros de todas las sectas dispensan sus consocios las mayores consideraciones; tambien antes de ahora los ministros de Jesucristo, fuera de algunas épocas excepcionales en que voluntariamente se prestaron a ello, si se han cometido abusos, estuvieron exentos, como no podia menos de suceder en una nacion eminentemente católica.

De acuerdo las dos potestades se consignó en el art. 56 del Concordato, que los Párrocos recibieran sus dotaciones, rebajadas cargas, y posteriormente se declararon libres de contribucion las casas rectorales y huertos adyacentes. Aquí se me ocurre una observacion, y es que habiendo eximido el legislador estas, que si bien son muy necesarias, pero no absolutamente indispensables para vivir, ha querido que les sean tambien libres los artículos de primera necesidad.

Por estas y otras razones, que saben apreciar debidamente muchas autoridades locales, hacen justicia a los que en sus respectivos distritos ejercen el difícil y escabroso cargo parroquial. Más no a todos cabe igual suerte, pues son muchos a quienes se les hace contribuir, no sólo con lo que respectivamente les corresponde, sino con más; y de mí sé decir y probar, que estando pura y exclusivamente atendido a la dotacion, sin tener más que una sola caballería indispensable en un pueblo que no las hay de alquiler, para atender en muchos casos al mejor servicio de la parroquia, que a no ser por esto no la tendría, cuando no me reporta más utilidad que pagar dos escudos de contribucion y manutencion necesaria, se me han impuesto en el año económico de 66 a 67 10 escudos de consumo, cuota cuatro veces mayor que la que paga respectivamente cada vecino y que de contribuir todos con una cantidad tan subida, debería pagar el pueblo 50,000 rs., cuando no paga sino unos 7,500 rs.

La amabilidad de Vd., señor director, me dispensará haber sido tan prolijo en referir minuciosidades que muchos calificarán de sueños ó mitos; mas yo no puedo ofrecerles otras pruebas para convencerlos, que datos irrecusables. Ruego, pues, a Vd., se digne, si no dar publicidad a esta comunicacion, que no merece ocupar lugar en las columnas de su selecto periódico, aunque bien puede Vd. hacerlo, llamar más y más la atencion de quien corresponda, para que se dignen echar una compasiva ojeada hacia una clase

cuyos individuos, antes de pertenecer a ella, amenguaron en su larga carrera los intereses de sus familias, y hoy, sin cuidarse de acrecentarlos, ántes viéndose muchos en la inesperada y odiosa, pero imprescindible necesidad de tener que recurrir a ellos, se sacrifican en aras del bien de los pueblos que les son confiados, y de toda la sociedad.

Queda de Vd. con la mayor consideracion su atento S. Q. S. M. B.

MELCHOR ALVAREZ.

Segun El Comercio de Cádiz, el número de diputados que por primera vez vienen al Congreso, a juzgar por las candidaturas moderadas que han triunfado en la mayor parte de las circunscripciones electorales de España, excede de doscientos.

La Perseverancia de Zaragoza dice que si los nombres de los Sres. D. Alejandro de Castro y D. Carlos Marfori no figuran entre los diputados a Cortes electos, es porque no han querido presentarse ante las urnas.

Segun La Correspondencia, en la provincia de Cuenca ha luchado como candidato moderado de oposicion el Sr. Fuente Alcázar, que fué vencido a pesar de haber obtenido 1,400 votos.

En la provincia de Avila ha sido tan sostenida la lucha electoral entre los amigos del Gobierno y la oposicion, que han tomado parte en la votacion, segun nos escriben, 4,000 electores de 4,500, habiendo obtenido la candidatura ministerial 100 votos de ventaja.

La Epoca dice que en Ronda ha llegado a tener el Sr. Rios Rosas 1,311 votos.

Publicamos a continuacion los nombres de los candidatos que han sido elegidos diputados en los siguientes distritos:

Alcalá.—D. Manuel Guerrero, 2,589.—D. Juan Valero y Soto, 2,561.—D. José María de Sessé, 2,351, y D. Antonio Brabo, 2,541.

Antequera.—D. Diego Arsu Marra, 2,699.—Don Manuel Larios, 2,538.—D. Vicente Saenz de Lleras, 2,538, y D. Rafael Chacon Romero, 2,485.

Almería.—D. José Magaz, 5,596.—D. Angel Valero, 5,574.—D. José San Gil, 3,305.—D. Lamberto Juan, 5,505.—D. Andrés Blas, 5,265.—D. Mariano Gros, 5,185, y D. Pedro Arbeleche, 5,050.

Badajoz.—D. Marqués de la Encomienda, 1,858.—D. Leopoldo Molano, 1,770.—D. Luis Villanueva, 1,754.—D. José María Claros, 1,581, y D. Julian Juan Savia, 1,525.

Cuenca.—Conde de San Luis, 5,166.—D. Severo Catalina, 5,181.—Sr. Coronado, 5,159.—D. José García Barzanallana, 2,656, y el Sr. Navarro, 2,542.

Guadix.—D. Isidoro Lora Perez, 2,659.—D. Federico Fernandez San Roman, 2,659.—D. Luis Bessieres, 2,659, y Don José Martínez Mantecón, 2,659.

Játiva.—D. Eduardo de Diego, 4,426.—Baron de Cortés, 4,515.—Marqués de Montortal, 4,549.—Baron de Llauri, 4,479.—Marqués de Gonzalez, 4,278.—D. Vicente Linares, 4,177, y el Conde de Triguana, 4,171.

Motril.—D. Carlos Fonseca, 2,677.—D. Francisco Parreno, 2,627.—D. Esteban González Aposu, 2,627, y el marqués de Zafra, 2,627.

Mula.—D. Domingo Moreno, 2,409.—D. José María Ródenas, 2,409.—D. José María Blazquez, 2,409, y D. Patricio Saez, 2,409.

Ronda.—D. José Freuller Alcalá Galiano, 2,640.—D. José Díaz Martin, 2,555.—D. Leonardo Santiago y Moreno, 2,261, y D. José Adorno y Fuentes, 1,959.

En los periódicos oficiales de ayer y hoy aparecen las exposiciones que, protestando contra las ofensas inferidas por ciertos periódicos extranjeros, elevan a S. M. la Audiencia de esta corte, la junta provincial de Obras públicas, la de Instruccion pública, la comision de Estadística, la junta de Sanidad y la de Agricultura, Industria y Comercio de la provincia de Madrid, la Audiencia de Zaragoza, el Consejo provincial de Granada, y la diputacion y el Ayuntamiento de la misma.

CORREO DE HOY.

Retiramos nuestro artículo de fondo para dar cabida al siguiente discurso de Mr. Thiers, que acabamos de recibir por el correo de esta misma tarde:

DISCURSO DE M. THIERS SOBRE LOS NEGOCIOS EXTERIORES DE FRANCIA, ESPECIALMENTE EN LO CONCERNIENTE A ITALIA Y ALEMANIA.

MR. THIERS.—Señores, el objeto conocido de las interpelaciones que voy a dirigir a los ministros, indica suficientemente la materia que voy a tratar en la Cámara; a saber: la situacion de Europa, y de Francia en particular con relacion a Europa.

Esta situacion es tan grave, que si de ella pudiera dudarse, bastaría para convencerlos de su gravedad, referirnos al proyecto de ley que há pocos días se nos ha presentado, y cuyo objeto es

dar a nuestros armamentos una proporcion que jamás han alcanzado. Y no es esta una manera de obrar peculiar a Francia, sino de todos los Estados, grandes y pequeños.

Suiza, Holanda, Bélgica, Dinamarca, Suecia, ponen sobre las armas la mayor parte posible de su poblacion, y las grandes Potencias han adoptado tambien este sistema, por más que el número de sus súbditos hubiese podido dispensarles de recurrir a él.

Austria, aunque tiene tan grande necesidad de reposo, piensa en aumentar sus fuerzas: Italia que tambien há menester de tranquilidad y que debia dejar en ella a Europa, después de haberla agitado tanto, rechaza la idea del desarme, tan necesario en el estado de su hacienda: España, no obstante de estar tan bien garantida por los Pirineos, duplica su efectivo de paz: Inglaterra, mejor defendida aun su posicion insular, busca los medios de remediar la insuficiencia de sus enganches voluntarios.

Rusia, tan fuertemente armada después de la negociacion de Polonia, acaba de decretar una quinta. En cuanto a Prusia, causa de todo este movimiento, el Gobierno, sabe lo que está haciendo; si no lo sabe el Gobierno, será el único que lo ignore.

Esta situacion es grave, lo repito, y cuando apelo a mi memoria, no hallo una situacion semejante. Sin embargo, es preciso contemplarla sin temor ni ilusiones, y a mi modo de ver, el medio mejor de apreciarla es el remontarnos a sus causas.

Estas consisten principalmente en las ideas falsas que de algunos años a esta parte se han esparcido respecto de la política europea. Estas ideas falsas, acogidas, explotadas por Gobiernos ambiciosos que se sirven de ellas sin creerlo, fomentadas por Gobiernos mal aconsejados que buscan la popularidad, han trastornado ya la mitad de Europa, y acabarán por trastornar la otra mitad, si se continúa dandolas aliento.

Es preciso someter estas ideas a profundo examen. Voy a fijarlas.

En otro tiempo, cuando una Potencia se elevaba en Europa hasta el punto de amenazar la independencia de las demás, se le oponia al punto el grande argumento del equilibrio europeo. Este es el argumento que se opuso contra la España de Carlos V, cuando, señora de Alemania, aspiraba a dominar en todas partes; a Luis XIV, que lastimaba a las demás cortes por su orgullo, y las inquietaba por sus empresas; a Inglaterra en el siglo pasado, por haber rehusado reconocer el pabellon neutral; a Napoleon, cuando con tan rápido paso recorría la Europa: este argumento es el que nosotros mismos hemos presentado contra Rusia cuando fué preciso destruir el grande establecimiento de Sebastopol.

Pues bien, a los ojos de nuestros reformadores, este argumento es hoy ridiculo. La vieja Europa, dicen, se derrumba; ¿por qué hablais de equilibrio en medio de las ruinas? No puedo comprender este desden: el equilibrio de Europa no es una situacion, sino un principio: es el interes de todas las naciones opuesto al interés de una sola.

Sin duda cuando se contempla a Europa se ve en ella Estados jóvenes y ambiciosos que aspiran a engrandecerse, Estados que han llegado a su madurez y que permanecen inmóviles, y Estados que declinan. Nacer, crecer, llegar al apogeo de la fuerza y poderío y luego declinar y morir, tal es la ley de los seres, desde los más pequeños, destinados a vivir un día, hasta los más grandes, cuya existencia se cuenta por millares de siglos. Ley común a que se someten los Imperios y los individuos.

¿Qué es hoy de la España de Carlos V. que abarcaba a Europa? ¿qué la Holanda, cuya armada cubria los mares? ¿qué Suecia, tan grande bajo Gustavo Adolfo, y cuyo poder amenazaba a Austria a las puertas mismas de Viena? Todas han sufrido la suerte común. ¿Cuándo, jamás, se ha visto Europa, como acometida de un frenesí, querer destruir los Estados que declinaban? Nunca; como nunca se ha pensado en matar a los hombres que llegaban a cierta edad.

Es preciso, se dice, recomponer los Estados que declinan sobre una nueva base. ¿Cuál? La de las nacionalidades, es decir, la de la conformidad de origen y de raza justificada por la uniformidad de la lengua. Pero si fuese precisa condicion de vivir para un Estado el no contener más que una sola raza, que hablase un sólo idioma, ¿qué Estado en Europa tendria hoy el derecho de vivir? ¿No están todos compuestos de diferentes razas que el tiempo ha refundido?

De la teoria de las nacionalidades se ha pasado presto a la teoria de las grandes aglomeraciones, la cual supone la supresion de los Estados pequeños. ¿Y por qué?

Se dice que América se engrandece a ojos vistas, que cuenta 32 millones, y que luego tendrá 40 ó 50. ¿Y qué? ¿porque América, que está a 3,000 leguas de nosotros, que no piensa en visitarnos, y que sólo nos pide que no la visitemos, porque América se engrandece, hemos de prestarnos a que se formen a nuestras puertas Estados de 50, 40 y 50 millones de almas?

Cuanto más reflexiono en esta teoria, más se redobla mi admiracion; y quedo confundido al ver que tales sistemas figuran hasta en documentos públicos de primer orden.

Estas doctrinas inspiran hoy a casi todos los Gobiernos los actos de los unos y los manifestos de los otros. Es preciso, pues, discutirlos; tarea difícil que yo no puedo desempeñar sin vuestra benevolencia y tolerancia.

Si, en un tiempo en que los acontecimientos se precipitan y los efectos siguen tan de cerca a las causas, todo es grave: hablar, callarse, escuchar, no querer oír, es tomar parte en la inmensa responsabilidad que pesa sobre todos.

La posteridad que ha de recoger el fruto próximo acaído de nuestras resoluciones, nos pedirá estrecha cuenta de los deberes que no hayamos cumplido.

Entro en materia.

Para juzgar esta política nueva es preciso compararla, no diré con la política antigua, sino con la política necesaria de todas las naciones que se cuidan de su libertad, de su dignidad y de sus intereses bien entendidos.

La política de Europa comienza a fines del siglo XV, en el momento en que las principales Potencias se reconstituyen, saliendo del estado de fraccionamiento en que habían caído por el sistema feudal; comienza cuando la casa de Hapsburgo fija en su descendencia la dignidad imperial y dispone de todas las fuerzas del Imperio germánico; cuando la Monarquía inglesa renuncia sus pretensiones al continente y se encierra en su territorio insular para componer el reino unido; cuando Fernando el Católico reúne bajo su cetro todos los reinos de la Península española; en fin cuando Francia por la habilidad de Luis XI forma un todo compacto aunque no concluido todavía.

¿Cuál es desde entonces el principal cuidado de las Potencias europeas?

Velar unas sobre otras a fin de que ninguna pueda amenazar la seguridad común. Si una de ellas por sus pretensiones o sus fuerzas amenaza la independencia de las demás, estas se reunirán contra ella para contenerla y reducirla; y si habiendo conseguido el objeto, una de las Potencias que habían ayudado a conseguirlo inspiraba inquietudes, contra ella se unían todas las demás.

De aquí el equilibrio europeo cuyo verdadero significado es: independencia de las naciones.

Esta política distingue las naciones modernas de las antiguas, y la que ha impedido la monarquía universal, que dos veces en el mundo bajo Alejandro y César ha hecho perder a las naciones antiguas la dignidad, la libertad y la civilización. La monarquía universal, que es la peor de todas las formas del despotismo, ahoga el genio natural de los pueblos y llega a ser el conjunto de sus vicios, representados en una corte loca o cruel, y luego cuando el amo ha corrompido a sus vasallos y cuando los vasallos han corrompido por mucho tiempo a sus señores, la monarquía universal concluye como en Roma bajo los bárbaros, y como en Constantinopla bajo la cimitarra de los turcos.

La Europa moderna se ha salvado de este destino; porque su conformación es distinta de la del mundo antiguo. Este estaba compuesto de Estados circunscritos colocados al rededor del lago del Mediterráneo, que después de haber servido de medio a la conquista, debía servir de medio a la tiranía, uniéndose entre sí todos los Estados del Imperio romano.

La Europa moderna, por el contrario, compuesta de vastos Estados continentales, tiene por centro la nación francesa, obstáculo constante de una dominación universal en Europa, que ha pensado alguna vez en ella, y que ha llegado a ser el protagonista del drama de la historia moderna.

Contra Francia se ha hecho el primer ensayo de monarquía universal en Europa. Francia humillada, es una Europa esclava. Entonces comenzó la lucha de dos siglos, que tuvo por resultado quebrantar el imperio de Carlos V, dejando a la derecha a España, y a la izquierda la Alemania.

Esta gran lucha, comenzada con tanta prudencia por Luis XI, con tanto valor como liviandad por Carlos VIII, Luis XII y Francisco I, se terminó por las complicaciones de las guerras de religión y por la presentación de un ejército español en París para sostener la Liga.

Aparece entonces Enrique IV, Príncipe incomparable, que para reunir la Francia despedazada, adopta el culto de la mayoría, imponiendo a esta mayoría el respeto de los derechos de la minoría. El dió el edicto de Nantes, y llegó a ser de este modo el verdadero fundador de la libertad de conciencia. Muere, pero su obra se ve continuada por el gran Cardinal, que arranca la Rochela a las protestantes facciones y a Inglaterra.

Este grande hombre, Príncipe de la Iglesia, podía entonces haber intentado hacer la guerra por la idea católica; entregar los pequeños estados a la casa de Austria diciéndola: partamos como buenos amigos. Pero aquel gran político cuyas dos principales cualidades son la solidez y la energía, a pesar de ser Príncipe de la Iglesia y vencedor de los protestantes, los sostiene y va en busca de Gustavo Adolfo, lo trae al Rhin, lo sostiene con subsidios y sangre francesa, toma pie en el Piamonte y se esfuerza por separar a España de Austria.

Mazarino continúa esta política, y con la espada gloriosa de Condé y de Turenne, da a Europa dos tratados que fueron la base de su independencia: el tratado de Westfalia y la paz de los Pirineos.

La obra estaba casi terminada: España rechazada alende de los Pirineos; Holanda libre; los pequeños estados de Alemania independientes. Europa libre y libre por Francia cubierta de gloria.

Ya no es a Italia, ya no es a España, sino a Francia a donde se va a buscar modelos de elegancia. La musa francesa no se inspira en la musa extranjera, sino en sí misma y resuena su voz con acentos inmortales, emula de las antiguas musas.

Pero escrito está que el hombre resiste menos a la prueba de la posteridad que a la de la adversidad. En el reinado de Luis XIV, Europa está amenazada por nuestro orgullo; reúne sus fuerzas contra nosotros, y Torcy, ministro de Luis XIV, se ve obligado a ir disfrazado a solicitar la paz del gran colegio de los Países Bajos.

Pero entonces la idea del equilibrio europeo viene en auxilio nuestro, e Inglaterra, que había contribuido a nuestro abatimiento, no quiere contribuir a la elevación de Austria, y separándose de la coalición, se verifica la paz de Utrecht.

La obra parecía terminada. Austria quedó privada de España, Felipe V reinaba en Madrid, y los Estados de Alemania constituidos con independencia, a pesar de que ya se dibujaba la sombra del reino de Prusia.

Alzase el siglo XVIII, y la paz no se defiende en el continente, sino en las mareas: Francia, continuando su política, sostiene las marinas secundarias, y lucha contra Inglaterra. Es vencida; pero persevera, y hacia el fin del siglo, gracias a la aplicación del infortunado Luis XVI, gracias al genio harto poco celebrado de Sufferen, Francia quebranta el poderío inglés en las Indias, y arroja en las costas del Atlántico la semilla de los Estados Unidos, y los mares son libres.

Llega nuestro siglo. Francia se presenta armada con los derechos del género humano, perdidos en la noche de los siglos, y hallados, según se ha dicho, por el genio de Montesquieu.

Los Príncipes de Europa se juntan contra ella, y por un esfuerzo sublime de patriotismo, Francia rompe esta coalición, y se extiende desde el Rhin a los Alpes. Entonces la república hecha hombre, y grande hombre, sueña y realiza un momento la monarquía universal, desde Cádiz a Moscú.

Los instintos de independencia de Europa se vuelven contra ella. Quedamos vencidos; pero en nuestra misma desgracia brilla la grandeza de Francia, el sentimiento de su indestructible unidad, y de su indispensable utilidad para Europa. En 1815 aparece en Viena la unión de Prusia y Rusia, que ya se había manifestado bajo Federico el Grande, que se manifestó todavía, y trata de dar la ley a Europa. Pero Inglaterra y Austria rechazan esta ley: les hace falta una espada, la espada de Francia, y en 1815 se celebra un convenio, y el equilibrio queda sostenido por Francia.

Esta es la historia de la independencia de las naciones, orgullo para Francia y grande lección también,

Francia ha sido vencida unas veces y victoriosa otras. Vencida con Luis XIV y Napoleón cuando amenazaba los intereses de las naciones: victoriosa cuando los ha defendido como en la guerra de los treinta años y en las guerras de la revolución.

Si, en estos momentos en que las naciones alarmadas miran a los Soberanos para saber lo que tratan de hacer de ellas, quisiera que mi débil voz pudiese llegar a los confines del universo civilizado para decirle que esta y no otra es la lección que sacamos de nuestra historia y que nuestro interés está en el interés de todos.

¿Qué se ha hecho de esta política tradicional de Francia? ¿qué se quiere hacer de ella? Y aquí me acerco a la realidad presente. ¿Qué es lo que distingue esencialmente la política de Francia? El haber seguido constantemente el interés exclusivo del Estado y el no haber trabajado en lo exterior por el triunfo de tal o cual Monarca.

Verifíquese la revolución francesa que ha traído la reforma protestante. Francia, después del grande escrutinio de la guerra civil, se ha declarado católica. Pues bien; si hubiese querido sostener una idea, se hubiera convertido en panteón del catolicismo; y por lo contrario, ha sostenido a los protestantes en tiempo de los Cardenales Richelieu y Mazarino. Cuando Luis XIV, desviándose de esta política quiso hacer la guerra en favor de los Estuardos, esperó el gran desastre de Hoge. En Oriente, desde el reinado de Francisco I, vemos a la Francia católica aliarse con los turcos.

Así, pues, la primera regla de esta política ha sido la de no servir fuera del país otro interés que el del Estado.

La segunda y mas importante es la de sostener a los pequeños Estados, cuerpos artizados y juntos entre los grandes Estados para evitar y disminuir su choque, y volar adquiridos para la justicia en el consejo de las naciones; porque introduciendo la multiplicidad de intereses concurren al interés general. Los Estados pequeños hacen también otro servicio, que es el de existir; porque si desaparecen es para aumentar la fuerza de las grandes Potencias, que son ya demasiado grandes.

Si Francia no hubiese seguido esta política, Europa estaría hoy dividida en tres o cuatro grandes Estados, y en la situación de la sociedad romana cuando quedó reducida al triunvirato de César, de Pompeyo y de Craso. Cuando Craso murió quedaron César y Pompeyo, y ya sabéis lo que sucedió.

Esta política no es solamente de interés francés, sino la política de la humanidad. A principios de este siglo sufrió alteración: la revolución francesa halló muchas Repúblicas de San Marino y muchas monarquías de Mónaco, y si los grandes Estados son un peligro, la grande multiplicidad de los pequeños es un inconveniente. Muchos fueron suprimidos bajo el Consulado: hubiéramos hecho bien en detenernos aquí.

Permítaseme una palabra personal. Sabido es que en mis escritos no he tratado de perjudicar a la gloria de Napoleón I, y con respecto a este punto he obtenido un augusto testimonio a que estoy profundamente reconocido.

Pero la historia no adula, juzga, y ha hablado de la ambición de Napoleón en términos que no tengo que recordar aquí. Napoleón para engrandecerse debió permitir a las demás que se engrandeciesen también, y entró en la política de las grandes aglomeraciones que puede caracterizarse por estas palabras: tomad, que yo tomé.

Dió el Veneto al Austria y se tomó a Génova: permitió en Alemania la secularización de principados eclesiásticos, la anexión de ciudades libres; en el Norte la dislocación de Suecia y la anexión de Finlandia por Rusia.

¿Qué resultó de aquí? Una reacción contra él, en la cual perdimos lo que habíamos ganado, mientras que los otros conservaron lo que habían tomado. Francia volvió a sus proporciones de 1789. Este tráfico, no muy moral, fue, pues, un engaño; y si Francia lo emprendiese otra vez, el resultado sería el mismo.

No es de extrañar, pues, que Napoleón hablase en Santa Elena de las grandes aglomeraciones.

Pues bien; a consecuencia de estas grandes aglomeraciones, tan pronto hechas como castigadas, ¿qué ha llegado a ser del equilibrio europeo? Francia ha tenido que volver a sus límites del 89, mientras que todo se engrandeció a su lado. Sin duda debemos aborrecer los tratados de 1815, pero con un odio ilustrado, sopena de reemplazarlos con otros peores.

Según estos tratados, las grandes aglomeraciones verificadas no hacían imposible el equilibrio que quedaba intacto. Y en efecto, ¿qué había que temer? No la ambición de Austria e Inglaterra, las cuales estaban satisfechas según lo hemos visto por el abandono de las islas Jónicas y por las declaraciones que ha hecho el Canadá de que no le defendería sino cuando él quisiese ser defendido por su metrópoli.

¿Qué ambiciones nos amenazaban? La de Rusia en Oriente, la de Prusia en Alemania. Dios me libre de ofender con esto a estas dos naciones. La ambición es el carácter de las naciones jóvenes y el principio de su vitalidad: pueril sería vituperarlas; pero más pueril todavía no ponerse en guardia contra ellas.

¿Qué contrapeso existe contra estos dos peligros? Si Rusia avanzaba al Oriente, Inglaterra y Austria podían resistir: si no eran bastante fuertes, Francia se uniría a ellas y el resultado no era dudoso.

Si Prusia amenazaba a la Alemania, Austria, que no está aun destruida, podía aliándose con la Confederación germánica, resistir, y en caso necesario unirse a Francia al Gobierno austriaco, se habría mantenido el equilibrio.

La balanza estaba en manos de Francia. Perdóneme los que rebosan de alegría al ver destruidos los tratados de 1815; esos tratados, que nos han valido a todos una acusación, a mí por haberlos elogiado sin haberlos defendido siquiera, a vosotros por haberme oído: nosotros podemos sentir que hayan desaparecido esos tratados. (Interrupción.)

Permítidme los tratados de 1815, hay dos cosas distintas: hay por de pronto fronteras, y el recuerdo que respecto de este punto nos han dejado es ciertamente deplorable; pero vosotros lo sabéis, señores, a qué conduce agarrarse a esto.

También hay allí el equilibrio europeo, hoy destruido: ahora bien; ¿estaba este equilibrio comprometido en los tratados de 1815? No, porque las fuerzas que se os piden hoy, ¿en qué se emplearán, si contra lo que yo desee, se emplean en algo, sino en restablecer este equilibrio?

Este equilibrio ha sido falsado, lo reconozco, en vida de la Santa Alianza. Desde esa época, Francia, que adoptó el sistema constitucional, primero en 1814 y más tarde en 1830, ha representado en Europa la libertad. Así se quiso, y el continente por este solo hecho estaba unido contra ella. Inglaterra tan pronto estaba con ella como contra ella. Cuando esta Potencia estaba con nosotros, la situación era fácil; cuando Francia estaba sola, la situación se hacía difícil, lo reconozco.

Pero esta libertad, causa del peligro para Francia era también su fuerza. Tenía en contra suya los Gobiernos, pero tenía a favor suya los pueblos. (Muy bien.)

De esta tribuna, hoy nuevamente erigida, y por ello doy gracias al Soberano y a cuantos han contribuido a levantarla de nuevo (aprobación); de esta tribuna, tantas veces acusada, pero de la cual diré la historia que si la grandeza de Francia ha recibido alguna ataca no ha sido por culpa suya; de esta tribuna, repito, ha nacido durante cuarenta años una corriente de ideas liberales que ha deshecho esa conspiración de los Gobiernos, si bien en 1848 esos Gobiernos fueron disueltos como el humo al soplo que había partido de Francia. (Aprobación en muchos bancos.)

El equilibrio fué restablecido y nosotros recogimos el fruto en la guerra de Crimea. Mientras duró la Santa Alianza nosotros tuvimos en contra a Ru-

sia, Prusia y Austria. En la época de la guerra de Crimea Rusia estaba sola. Las prevenciones habían cedido el puesto a los intereses, Austria y Prusia quedaron neutrales, la primera inclinándose sensiblemente a nosotros, y la segunda a Rusia. Nosotros triunfamos y en cuanto a mí nunca he dudado en rendir homenaje al Gobierno imperial, por haber emprendido la guerra de Crimea, porque a mi modo de ver el primer interés es el interés del país. (Muy bien.)

Si, gracias a esa brisa liberal de Francia que ha librado a los Gobiernos de precauciones, gracias a la guerra de Crimea, el equilibrio fué restablecido.

¿Qué nos queda ya de todo aquello? Suponed que no se hubiesen gastado tantos miles de hombres y tantos cientos de millones en las expediciones de Italia y de Méjico. ¿Cuán grande no sería hoy el poder de Francia! (Aprobación en algunos bancos.) Francia no tenía ante sí un obstáculo. ¿Cómo pudimos abandonar esta situación?

Permítidme hablar aquí con entera franqueza. Los que me conocen saben que no tengo odio, y si sólo invencible obstinación en mis convicciones; pues bien, las convicciones de que hablo ahora son de todas las más profundas, las más indestructibles.

¿Cómo hemos abandonado esa política que en la época de la guerra de Crimea nos había hecho tan grandes? Dices que se nos van a restituir sucesivamente nuestras libertades. Una vez más doy gracias a los que han contribuido a ello; pero si se nos devuelve la libertad, ¿por qué se nos había quitado, o suspendido? (Movimientos diversos.)

Se dice que la centralización del poder sirve para engrandecer los Estados. Vais a ver que no hay nada de eso. ¿Qué es la libertad entendida en su sentido, y qué resultados? Es el país obrando a sus propios negocios. La libertad de este modo viene a ser un vasto campo abierto a la actividad nacional, en el que el país es a la vez actor y espectador.

Pues bien, todo esto ha sido preciso reemplazarlo, lo cual no es fácil. Cuando en 1864 tuve el honor por primera vez de hablar en este sitio, me permitisteis decir que costaba caro reemplazar la libertad. Si, porque ha sido preciso poner desde luego en su lugar grandes trabajos, es decir, grandes gastos. (Reclamaciones.)

Después ha sido necesario añadir una política nueva, la política de las nacionalidades y grandes aglomeraciones. Y vosotros vais a palpar mi completa sinceridad y hasta qué punto prescindo yo en los bancos en que me siento y vosotros os sentáis.

El liberalismo francés, mostrando aquí las cualidades y defectos del carácter nacional, ha sido en la política extranjera, vivo, ardiente, entusiasta y en mi concepto demasiado cosmopolita. Se ha interesado por Polonia, y con razón, por cierto.

Siendo Polonia la mas desgraciada de todas las naciones, debía ser también la mas interesante, pero era preciso averiguar si el interés que se le mostraba podía o no aprovecharle. Por mi parte, siempre he pensado que esta simpatía le sería funesta, y así lo dije en 1850 al inaugurar mi vida política. Entonces estaba yo ligado con los héroes de ese patriotismo desgraciado, los Czartoryski, los Zamoycki, y cuando ellos se quejaban de mi política respecto a su país, les repetía a ellos mismos: «Se os prometió hacer algo por Polonia, y quien os lo prometió, os engañará o se engañará a sí propio.» (Ruidosos rumores.)

Pues bien, la experiencia lo ha confirmado. Sin embargo, continúa la pasión por Polonia; y se continúa queriendo hacer de su restablecimiento uno de los ejes de la política francesa. Después vino la pasión por Italia. ¡Oh! seguramente somos todos amigos de la libertad; desearíamos todos que Italia fuese libre; verla libre de esas tiranías oscuras que la sometan a un régimen que no es propio de nuestros tiempos. Pero siempre he creído que bastarían las consecuencias de la guerra de Crimea para que Italia tuviese la libertad que necesitaba, y la tuviese sobre bases más seguras y mejores que aquellas sobre que hoy descansa en aquel país la libertad.

En cuanto a la unidad de Italia jamás he tenido la menor duda. También he tenido relaciones con italianos ilustres. La mayor parte de ellos han muerto; algunos tocan ya a los límites de la vejez, pero pueden todavía oírme. Yo les decía entonces: «La unidad de vuestro país jamás, si yo tuviera el honor de dirigir los destinos de Francia, emplearía todas mis fuerzas para impedir la unidad italiana.» (Movimientos diversos.)

La libertad sí, la unidad no. Esta es mi opinión; yo no adulo a nadie.

Se ha querido hacer de la libertad de Polonia y de la unidad italiana las bases de nuestra política extranjera. Sin duda se han recogido aplausos: la prensa, que no podía hablar de la libertad de Francia, se ha desquitado hablando de la libertad de Italia y de Polonia. (Risas y rumores.)

Yo no me quejo; solo doy una explicación. Así se ha formado una corriente que arrastra a los mismos que han contribuido a formarla, y los hombres prudentes, cuyas convicciones respeto aunque no son las mías, que reducen la libertad de imprenta, han podido convencerse de que la prensa que no es libre puede hacer tanto daño como la que lo es.

Si, la corriente formada ha arrastrado a todo el mundo. (Interrupciones.) Es una escusa que doy a faltas muy graves, y creo que debía aceptarse.

No se ha contentado con hacer del principio de las nacionalidades, de la teoría de las grandes aglomeraciones un tema de discusión, sino que se han llevado a cabo terribles cambios territoriales. Pero antes de demostrar cómo ha pasado la política de la teoría a la práctica formando la unidad italiana y de la casi toda la Alemania, permítaseme decir algunas palabras de esta teoría a las nacionalidades.

Dices que el principio de las nacionalidades procede naturalmente del principio mismo de nuestro Gobierno. ¿Qué se entiende por este principio? Que el Gobierno está fundado sobre el asentimiento de los pueblos suficientemente atestiguado por el sufragio universal. Lo admito, lo reconozco; pero ¿existe razón para hacer de este principio de nuestra política exterior? No, señores, no ha sido esta la política de Francia en los tiempos de su prosperidad. Si encontráis nuestro propio principio en el exterior, tanto mejor; pero no se debe ir tras de su triunfo en el exterior ni hacer de él fin de la política.

Se debe tomar a los Estados como son, sino se hace la guerra por una idea. (Ruidosos rumores.) Pero yo os concedo por un momento que el principio de vuestra política interior debe ser el de vuestra política exterior. Veamos lo que pasa en Europa. ¿Encontráis en ella verdaderamente la aplicación del principio del asentimiento de los pueblos?

En Italia, ¿puede decirse que se ha apoyado en el asentimiento de los pueblos, al ver reunidas las dos terceras partes del ejército italiano para contener el reino de Nápoles, y al ametrallar a Palermo?

En Alemania, cuando se pone, permítidme la palabra, esposas a esa desgraciada Sajonia, (porque ponerla esposas es tener una guarnición prusiana en Kestingen y Dresde), cuando se cubre el Hannover de tropas, y se le añade la fortaleza de Danau, cuando se procura en los Ducados, por todos los medios, ganar las elecciones, y sin embargo, salen diputados los partidarios de la casa de Augustemburgo, ¿puede decirse que triunfa el principio del consentimiento de los pueblos?

No, señores, estas son teorías que cesan de ser pueriles para convertirse en maquiavélicas, y de las cuales, lo diré siempre, se valen los Gobiernos ambiciosos, sin creer en ellas, por supuesto. (Aprobación en muchos bancos.)

Y ahora una palabra sobre la teoría en sí misma,

Si esta teoría significa alguna cosa formal, significa esto: que todos los Estados, o la mayor parte, deben estar compuestos de pueblos de una misma raza, que tengan el mismo origen y que hablen la misma lengua. Pero con esta condición ningún Estado tendría el derecho de existir. (Interrupción.) Perdon, señores, expreso una convicción y no quería ser interrumpido.

M. GARIBOLDI. —Escuchamos vuestras convicciones con la mayor atención. (Risas y rumores.)

Muchas voces. —Hablad, hablad.

M. THIERS. —Para hacer esta teoría posible, práctica, ¿qué sería preciso? Sería preciso que retrocediésemos muy atrás. Hoy es muy tarde; han pasado ya mil años. (Risas.)

Cuando, no pudiendo defenderse el Imperio romano, nubes de bárbaros atravesaron el Rhin, salvaron las Galias, pasaron los Pirineos y penetraron en España que cubrieron hasta el Estrecho de Gibraltar, aislando la Europa de Norte a Sur y destruyendo la civilización de entonces, Dios que tiene la suerte de los Imperios como la del mundo, opuso a este azote devastador del Norte el de Sur y desencadenó los pueblos musulmanes, que asolaron a Europa en sentido contrario. Estos vinieron a encontrar en los campos de Poitiers a los pueblos del Norte mandados por Carlos Martel, allí hubo un choque inmenso, a resultas del cual el Sur y el Norte quedaron anodados uno por otro y grandes restos de todas las razas cubrieron a Europa. Entonces apareció ese bárbaro sublime, ese hombre verdaderamente providencial, Carlo Magno. ¡Ah! si le hubiese seducido el capricho de algunos espíritus de nuestro tiempo, si hubiese tenido el gusto de las nacionalidades, bien pudo haberlo satisfecho. (Risas.)

Pudo si, pudo reducir a los vándalos al África, establecer los godos en España, no poner en Francia sino borgoñeses, y francos y en Alemania sólo germanos. Respeto, sin embargo, la obra del tiempo haciendo reinar el orden, y en medio de ese caos haciendo fundar la civilización de la época, echó los fundamentos del mundo moderno.

El tiempo, a que se acusa de destructor, y que más bien crea que destruye, ha hecho su obra: ha mezclado los pueblos de razas diversas, y ha hecho las naciones modernas. Con los godos, los vándalos, los moros, ha hecho el pueblo español, ese pueblo altivo, celoso, que no ama el extranjero, y que a través de sus revoluciones, ha conservado su espíritu caballeresco y su antigua rectitud.

En Inglaterra, con los antiguos bretones, anglosajones, daneses y normandos, ha hecho el pueblo inglés, sencillo, entero, intrépido, con la altivez del hombre libre, frío en apariencia, ardiente en el fondo, prestando a una imaginación original, un sentido práctico, ejercitado en la más larga experiencia.

Con los galos, borgoñeses y francos se ha hecho el pueblo francés, colocado entre esos pueblos, como para servirles de lazo, sociable por carácter y por situación, dotado de inteligencia vasta y perspicaz, sensato, inquieto y arrebatado, pero pronto a volver en sí, siempre valeroso y bizarro.

Añadid a estos retratos alguna severidad, alguna calumnia, si os place—porque los pueblos están expuestos a ellas como los individuos,—y tendréis los caracteres conocidos, ciertos, incontables que todo el mundo admite.

En ellos se reconoce la nacionalidad que es el carácter de los pueblos: respetad, pues, la obra de la naturaleza, más respetable que las imaginaciones de los hombres.

Si, la verdadera nacionalidad se distingue por el carácter de los pueblos, y está marcada con rasgos indestructibles.

Y se cree haber hallado los signos de la nacionalidad en los rasgos del semblante, en los orígenes, y en los dialectos conservados en el fondo de algunas provincias! No señores, la nacionalidad es la que el tiempo nos ha dado haciéndonos vivir bajo un mismo Gobierno, esponiéndonos a las mismas vicisitudes, y dándonos los mismos gozos y los mismos dolores. Esta es la única, la verdadera e incontestable nacionalidad.

¿Será preciso, pues, según vuestro sistema, ir a nuestras fronteras a investigar qué lengua se habla? ¿Será preciso acudir a la heroica Alsacia, última hija de Francia, que nos ha dado un Kleber, un verdadero héroe legendario, a preguntar si allí se habla alemán, para intimar que se separe de nosotros? Alsacia protestaría toda entera, y la nación francesa con ella.

Es cierto que hay nacionalidades, a pesar de la diferencia del habla. Se nos concede que la nacionalidad francesa es indestructible, y que no se puede tocar. ¿Por qué? Porque hay en ella ese noble y grande parte de nosotros mismos, que se llama ejército francés. Yo respeto todos los ejércitos de Europa; pero séanos permitido decir que el nuestro siempre será el primero.

Se desaje de creerlo así, mi vida, que ya es bastante triste, quedaría sin encanto.

De este modo se trata de someter las nacionalidades de Europa a una especie de tribunal de revisión: se respeta la nuestra, pero hay otras a las cuales no se quiere respetar; y de esto resultará un caos.

Cerca de nosotros existe un pueblo admirable, heroico, el pueblo suizo, a quien conviene el carácter de que os hablaba poco há; no codicia el bien ajeno, pero está dispuesto a morir para conservar lo suyo.

Cuando los suizos de otro tiempo servían en los ejércitos extranjeros, cuidábase de que no oyesen el canto de sus montañas, porque a pesar de su disciplina todos habrían desertado. Pues bien, yo denuncio ese pueblo a los autores de las nuevas teorías, ese pueblo está compuesto de tres razas, de alemanes, italianos y franceses, ¿os atreveréis a destruirlo con una teoría?

No. Se le quiere perdonar; pero el Austria.... ¡Ah! el Austria está condenada y sin embargo no merece tanto rigor, porque representa la defensa de Europa contra las invasiones del Oriente, por la parte de población alemana sita al Oriente del imperio. Estas poblaciones han salvado a Europa, y a la civilización, ¿qué importa? Disolvamos el Austria, ¿y para qué? Para dar a Prusia 15 ó 14 millones de alemanes. Y los eslavos, ¿a quién se les dará? A la Puerta de ninguna manera. ¿A Rusia por ventura?

Observaré que al dar a Alemania los alemanes de Austria, se le dan también algunos millones de eslavos, porque en Bohemia, por ejemplo, por cada cinco millones de habitantes, hay tres millones de eslavos.

Rusia, al recibir los eslavos, tomará buena porción de alemanes; que es lo que ha sucedido en los Ducados; no se quería que los alemanes estuviesen subyugados a los daneses, y hoy trescientos mil daneses están bajo el yugo de los alemanes. (Risas.)

He aquí la teoría: dislocar y reunir. En el Norte se quiere reunir Dinamarca, Suecia y Noruega. España reclamará la embocadura del Tajo y todo será un caos.

Yo diría de buen grado a los autores de esas teorías: ¡pensad en la Europa que vais a hacer, y en esa Europa que será francesa! Tal vez llegue a tener cuarenta millones de habitantes; pero para la gran Alemania, que según nos declara todos los días en documentos públicos, está empezada y no concluida, la Alemania que cuenta hoy treinta millones de habitantes, que contará bien pronto cuarenta, por la reunión de las provincias del Sur, llegará más tarde a tener cincuenta ó sesenta millones. Satisfacción estará entonces; pero yo le ruego que no se sienta siempre su mirada en el Rhin; me dirijo a su prudencia y a su patriotismo; que se vuelva hacia la parte del Vislula.

Allí también, desde el golfo de Finlandia al Mar Negro, se encuentra una gran raza, brava, paciente, conducida por un Gobierno vigoroso, gobernada por una nobleza valiente y ambiciosa; esta gran

raza podría llegar a ciento sesenta millones de hombres; porque ¿con qué derecho la privaríamos del beneficio de vuestras grandes teorías?

Cuando habéis hablado a Rusia por vez primera de estas teorías, os ha contestado yendo a Polonia y a Rumanía. Pero hoy asegurada por esa parte os escuchas y os dice: repitidme lo que decís (risas); las nuevas teorías comienzan a agradarles; parecen fundadas, porque ahora cuenta con ellas para dar fin a su obra.

He ahí la Europa que haceis: aquí y allí algunas sombras de pueblos para tres grandes Estados. Francia con 40 millones de almas, Alemania con sesenta, Prusia con 400 ó 420. ¿Queréis que defina este estado de cosas en pocas palabras? Para Europa el caos, para Francia el tercer lugar.

Ahora que creo haber reducido estas teorías a su justo valor, permitidme examinar cómo después de haber sido consideradas largo tiempo como quiméricas, han llegado a ser realidades y aun en el día realidades asoladoras.

Se habla de la fuerza de las cosas: ¡la fuerza de las cosas! Pero yo os haré una sola pregunta: ¿cuán ha hecho Italia? ¿vosotros? ¿si ó no? ¿es... se me dirá tal vez... allá en Italia... nosotros no (risas); ¿y quién sabe? Yo creo que no, pero en Francia misma, algunas veces acaso me responderían también: no; pero tomemos a Europa por juez, y Europa, juez imparcial, nos responderá que nosotros hemos hecho a Italia.

Se dirá ciertamente que era necesario hacerla, y se darán las razones conocidas. Era fuerza pacificar a Europa, turbada siempre mientras Italia no se hubiera; pero ved cómo habéis pacificado a Europa! Era fuerza debilitar a Austria; ved lo que habéis ganado con debilitarla! Nosotros buscábamos un aliado fiel; ¿ya habéis visto el año último que Italia no ha vacilado en dar un golpe funesto a nuestra política aliándose con Prusia! Italia decía que no lo haría, autorizando a nuestros ministros para declararlo, y sin embargo, lo ha hecho.

Ved, pues; no habéis pacificado a Europa, no habéis ganado nada con debilitar a Austria, no habéis adquirido un aliado. Se guardarán bien en efecto de decir hoy que Italia es nuestra aliada.

Pero se ha dicho y el derecho de los pueblos no penseis en él.

Un pueblo no está jamás solo en la tierra. Al lado de su derecho está el de los otros. Si hoy los cristianos de Oriente quisieran arrojarse en brazos de la Rusia, les dejase obrar y, sin embargo, tienen el derecho de hacerlo.

El derecho de los pueblos se funda en su sangre. (Muy bien, muy bien.) Si los italianos hubieran podido crear solos su unidad, entonces, sin reconocer este derecho de una manera absoluta, comprenderían su pretensión. Pero ¿con qué han fundado su unidad? Con la sangre de Francia. ¿En qué se basaba su derecho? En la semejanza de la lengua. ¿Y para esto habéis gastado la sangre y los tesoros de Francia en una empresa cuyos resultados os volverán contra vosotros?

Si, vosotros habéis hecho a Italia sin garantías para Francia y sin derecho legítimo de su parte; pero ¿son estos todos los peligros a que os expone la unidad de Italia? Podría recordar aquí lo que he dicho en este banco hace tres años hablando de la cuestión romana. Yo demostré entonces que el peligro esencial de la unidad italiana sería hacer la unidad alemana. «La unidad italiana—son mis expresiones textuales—será la madre de la unidad alemana: falseará vuestra política, obligándoos a ser el enemigo de Austria, cuya alianza os es necesaria en Oriente y hasta en Alemania.» Y bien, ¿se han cumplido estas palabras? (Movimientos diversos.)

Que no se me argumente con la fuerza de las cosas. La fuerza de las cosas la habéis hecho vosotros en Italia.

Pero en Alemania, ¿quién la ha hecho? En Alemania más de una vez se han manifestado las ideas de unidad. ¿En qué circunstancias? Cuando se temía el fantasma de la ambición de Francia. Estas ideas se espantaban entonces con calor. Pero desvanecido el fantasma todo se calmaba, y las tendencias hacia la unidad desaparecían con él. ¿Aun quedaba algo, ¿en qué grado y bajo qué forma?

Hállabanse entre los prusianos, en quienes el deseo de unidad era natural, porque en ella se funda su grandeza. Pero aun en Prusia el partido democrático tenía el buen sentido de comprender que la unidad bajo Prusia sería el despotismo. No la quería, pues, así; la quería en su Parlamento, bajo la forma federativa, la menos desventajosa ó desfavorable para nosotros.

Estaba también el partido liberal, que es el

Y los ducados pertenecen a Prusia.

Sin embargo, ¿cuál era el interés de Europa, a un a los ojos de los partidarios de las nacionalidades? Que Dinamarca conservase los ducados, que conservase su fuerza con 5,000,000 de súbditos para seguir siendo como hasta aquí el fiel custodio de las llaves del Sund. La situación era de suerte que si alguna potencia hubiese tenido interés en que Dinamarca fuese débil con relación a ella, en cambio estaba interesada en que fuese fuerte con relación a las demás potencias.

Tal era el interés en Europa, interés tan perfectamente conocido, que cabalmente para garantizarlo hicieron las grandes potencias el tratado de 1852.

¿Qué es lo que se oponía a esta política? Austria procedía en esto de mala gana, resultaba a retirarse ante la primera dificultad. Prusia estaba en realidad sola, y aun reconocía el tratado de 1852 con tal fuerza de obligación, que ella misma declaraba no querer transarlo.

Contra Austria que no quería hacer nada, y contra Prusia que vacilaba, estaban Rusia, Suecia e Inglaterra indignadas. Suponed que Francia no hubiera existido, y que Prusia sola hubiese tenido que hacer frente a Rusia, a Suecia y a Inglaterra: en este caso, no hay que dudarlo, Prusia se hubiera detenido.

Pero Francia existía, y aquí está toda la dificultad. Supongamos que Francia comprendiendo que las faltas de menos estension son las mejores, hubiera dicho: me ha parecido bien el principio de las nacionalidades en Italia; pero no lo juzgo bueno en Alemania. Lo he admitido en favor del conde de Cavour y del Rey Víctor Manuel; pero no quiero admitirlo en favor del conde de Bismark y del Rey Federico Guillermo. Y si entonces se hubiese reunido a Inglaterra y a Rusia la cuestión estaba acabada, Dinamarca se habría salvado y esta manzana de discordia no se habría arrojado en Alemania. Pero Francia no tuvo valor para ser inconsecuente, sino declaró que era menester consultar a los pueblos. Un grito de alegría y de reconocimiento resonó por todo el mundo. Ved ahora en qué se ha convertido este grito.

Dinamarca ha sido sacrificada. Dicen que así se salvó la paz en Europa. Se salvó, sí, cuando no corría peligro alguno; mas fue sacrificada cuando era preciso salvarla a toda costa. Pero cuando el débil es inmolado, todavía queda un vengador: la espoliación. La justicia divina conforme a sus profundos designios pone en espectáculo y divide entre sí a los espoliadores. (Viva aprobación.)

Aquí los espoliadores eran conocidos, y no había, por consiguiente, necesidad de señalarlos; más la división fue puesta entre ellos; así vinimos a los sucesos presentes.

Muchas voces.—Descansad, descansad. Suspendiéndose la sesión por algunos instantes.

El señor presidente VALBUENA.—Mr. Thiers tiene la palabra para continuar su discurso.

Mr. THIRS.—Haré cuanto pueda señores para disminuir la molestia de la Cámara y de la mía, pues confieso que estoy cansado.

Pero en suma los sucesos actuales tienen una gravedad inmensa; y es preciso al exponerlos, si quiera sea brevemente, explicarlos para inteligencia, no sólo de la Cámara, sino también del país, e investigar los medios de asegurar el reposo y la dignidad de Francia en la situación a que hemos llegado. (Habla, hablad.)

A la vista de estos sucesos se me ofrece un recuerdo involuntario pero irresistible, y me siento tentado de exclamar con Bossuet: «Se ha encontrado un hombre!» Y no es porque yo quiera establecer una comparación entre Cromwell a quien estas palabras se refieren y el ministro atrevido que tan rápidamente ha dirigido a Prusia por las vías del engrandecimiento. ¡No, no existe semejante paridad! Hacerla sería calumniar al conde de Bismark, y al mismo tiempo darle más importancia. (Risos.)

Pero viendo la proporción entre el hombre y las circunstancias, no he podido menos de decir: Si, se ha encontrado un hombre de rara sagacidad política, de una audacia para la acción todavía mayor, en quien su país debe ver un gran patriota, el cual debe haberse espantado ante la idea de verse con 49 millones de prusianos cara a cara con Austria que cuenta 56 millones de súbditos y hasta 50 millones de almas con la Confederación germánica.

Prusia le acusa de locura, la misma Prusia hoy tan orgulloso de su grandeza no le quería. Pero el ministerio conoció perfectamente la situación, veía que Austria, a la que acusaba de hallarse muy apercibida, no lo estaba muy bien; vio que no podría oponerle sino la mitad de sus fuerzas, pues necesitaba de la otra mitad para hacer frente a los italianos; vio que Italia no sólo forzaba a Austria a dividir sus fuerzas, sino también paralizaba las fuerzas de Francia con los lazos en que estaba aprisionada su política.

Tal fue la exactitud con que Mr. Bismark determinó su política: a esta exactitud ha debido sus triunfos. (Que no hubiésemos nosotros pensado con igual acierto! En este caso el pensamiento de Bismark hubiera fracasado.)

¡Acaso su triunfo se habría convertido en desastre! Si, debía haberse previsto que, cualquiera que fuese el resultado de la guerra sería desgraciado, que el equilibrio de Europa sufriría deterioro, que Francia había de verse afectada por la incertidumbre, que en ningún caso sacaría provecho alguno, sobre todo provecho territorial; y que sólo a una palabra para evitar la guerra. Todo esto es fácil de demostrar.

No, en ningún caso podría sernos favorable el resultado de la guerra. Si Austria hubiera obtenido la victoria, pudiera haber pensado en reconstruir en derecho propio la Confederación germánica, inconveniente menos grave, por cierto, que los que resultaban del triunfo de Prusia; pero, en fin, había el peligro de que Austria pensando en castigar a los italianos, fuese ocasión de que nosotros nos encontráramos casi forzosamente en la lucha. Bien claro lo decían los italianos.

Habría otra alternativa: que Austria y Rusia igualmente cansadas, se hubiesen decidido a ajustar la paz a expensas de la Confederación germánica, y no habrían quedado en Alemania sino dos grandes potencias que al primer choque habrían realizado la unidad de Alemania. Esto, que era lo más verosímil, era también igualmente contrario a nuestros intereses.

La tercera hipótesis, la que se ha realizado a pesar de ser la menos prevista, era el gran triunfo obtenido por Prusia. Así ha sucedido, y he aquí que Prusia ha reducido a tres cuartas partes en la Alemania a la unidad.

En todo caso, había para nosotros posibilidad alguna de conseguir algún bien, y sobre todo algún aumento territorial? Si en Alemania fermenta alguna pasión, es la de conservar hasta el último villorio alemán. Ahora bien, cualquiera que fuese el vencedor, tenía que ser un vencedor alemán, y bien habéis visto que Prusia, que era la que podía estar mejor dispuesta para hacer un sacrificio, es ha respondido al día siguiente de Sudowa: «no, yo no puedo sin perder mi prestigio a los ojos de Alemania desprender la mas mínima parte de el territorio nacional.» La guerra no nos dejaba, pues, ninguna esperanza ni aumento territorial. (Muy bien.)

Llego por último a mi proposición final: que bastaba una sola palabra para evitar la guerra. ¿Tenía que ser esta palabra arrogante? Como hubiera sido arrogante decir Francia a Italia: yote he dado el ser, tu me debes la existencia; no puedo consentir perturbaciones que cambien el equilibrio de Europa y que le cambien a mi costa? Yo pregunto: ¿se hubiera mostrado Francia demasiado arrogante habiendo de esta suerte con Italia? (muchas voces, ¡no, no!)

Por lo que toca a Alemania tenemos igualmente el derecho de decir la palabra capaz de impedir la guerra. Los tratados nos hacían fiadores de la Con-

federación Germánica. Teníamos el derecho de recordarlo y decir que nuestras fuerzas irían contra el que llegase a tocar a la Confederación.

Austria, que solo se resignaba a hacer esta guerra por honor, pues se le exigía el veneciano aun sin combate, Austria hubiera oído semejante palabra como descendida del cielo, y hubiera sido en efecto para ella una palabra salvadora. En cuanto a Prusia, que veía en su alianza con Italia la neutralidad de Francia, se habría detenido también, y la guerra se hubiera evitado.

Se dice, es verdad, —es una calumnia que corre en términos simulados cuando circula públicamente, y en términos mucho más enérgicos en las relaciones privadas,—se dice que esta palabra, que debió haber sido pronunciada, se había hecho imposible, se dice que la Cámara se había decidido de tal manera por la paz, que el Gobierno no podía ya decir esta palabra indispensable. Dejéme que confunda esta calumnia. (Habla, hablad.)

Por ventura la Cámara al pretender la paz, o más bien al mostrar disposición para la paz,—y aquí se rinde a vuestra influencia un homenaje que yo quisiera ver tributado más a menudo, porque miras simples disposiciones, una actitud de la Cámara como decisivas, es ciertamente hacerle honor; —pues bien, al manifestar estas disposiciones, ¿pretendía acaso la Cámara la paz a toda costa? (No, no!) ¿Cuál era, pues, la paz que la Cámara pretendía? ¿Era por ventura la paz ignominiosa y cobarde que hubiese consistido en decir: déguense los italianos, los austriacos, los prusianos entre sí, y sea lo que quiera el equilibrio europeo? Yo pregunto: ¿Es esta la paz que la Cámara quiere? (Muchas voces: No, no.)

EL SEÑOR MINISTRO DE ESTADO.—¡No por cierto!

Mr. THIRS.—Sí, la Cámara quería la paz; pero lo que quería no era solamente la paz de Francia, sino la paz de Europa. (Muy bien, muy bien!) La Cámara había comprendido muy bien que la guerra era apetecida, no por Austria que se resignaba a hacerla a duras penas, sino por Italia y por Prusia, es decir, por las dos naciones ambiciosas. La Cámara veía que sólo había de decir una sola palabra, una palabra que comprendiese Italia y Prusia; más quería que esta palabra se dijese. (Impresiones diversas.) Se dice que la Cámara ha paralizado al Gobierno. Pues bien, aunque yo no tenga el honor de representar a la mayoría de la Cámara, me atrevo a decir, que si el Gobierno hubiera venido a pedir los recursos para pronunciar esta palabra, vosotros la habierais votado por aclamación.

Algunas voces.—Sí, sí, ¡es verdad!

Mr. THIRS.—La calumnia está, pues, comprendida, y yo espero que no se volverá a reproducir ni en alta voz, ni por lo bajo. Si, lo repito, en lo sucesivo se comprenderá que la Cámara no pedía solamente la paz de Francia, sino también la paz de Europa.

¡Ah! Se ha hablado, lo sé, de otra política, de una política que yo he anatematizado antes, que consistía en hacer una alianza con Prusia para recoger el salario de esta nación. Pero semejante política no ha podido existir. ¿Cómo? ¿Se hubiera podido aceptar con deshonra de Francia algún pedazo de Alemania, como precio de la unidad completa de la Alemania misma? La prueba de que esta política no ha existido, es que nadie la ha reconocido, y, en efecto, no se la podía reconocer.

Muchas voces: Pues entonces, ¿a qué hablar de ella?

Mr. THIRS.—Oid lo que ha sucedido: Se ha estado vacilando, viendo venir, esperando que surgiera algún incidente favorable de los sucesos. En efecto, ha surgido. ¿Cuál? La grandeza de Prusia. (Impresión.)

Pero se nos dice, no era posible prever los sucesos. Ciertamente, y nada es más temerario que hacer predicciones en la víspera de una batalla; más una cosa se podía prever, que el resultado sería siempre funesto; y he aquí por qué debía haberse impedido la guerra. (Muy bien.)

Dicese también que Prusia ha desplegado calidades que no se sospechaban en ella. Por de pronto, un Gobierno tiene que conocer lo que pasa en el extranjero; para esto se le dan los medios convenientes. Pero en fin, no insistamos en este punto. Se habla del nuevo armamento de los ejércitos prusianos, sea en buena hora; sin embargo, vosotros debíais conocer este armamento. Pero en fin, ¿qué es lo que ha decidido la batalla de Sudowa?

Una cosa hay hoy notoria, y es que a las dos de la tarde la victoria pertenecía a los austriacos. ¿Qué les impidió obtenerla en definitiva? Los austriacos necesitaban tener a la derecha cuarenta o cincuenta mil hombres para contener el ejército del Príncipe Real de Prusia que caminaba a marchas forzadas, y que a haber llegado una hora después, habría podido llegar demasiado tarde. Ahora bien, estos cincuenta mil hombres que faltaban a Austria, ¿dónde estaban? en Custozza. Y no había allí sólo cincuenta mil hombres, sino ciento diez mil que luchaban contra los italianos entre el Mincio y el Adige. Sacad la consecuencia.

Si, Italia ha decidido de los sucesos en Alemania.

Si, la verdad es que la unidad italiana ha hecho la unidad germánica; ahora bien, nosotros somos los autores de la unidad italiana.

Es cierto que si se hubiese querido en el principio no reputarse ligados por los ejemplos sufridos en Italia, si se hubiese dicho: hemos sufrido un Víctor Manuel y un Cavour en Italia, pero no los sufriremos en Alemania: si se hubiese usado este lenguaje cuando se agitaba la cuestión de Dinamarca, esta manzana de discordia no habría sido arrojada en el corazón de Alemania.

¿Qué habría sido necesario para que la unidad italiana no se tornase en unidad alemana? Poner entre la unidad italiana y la unidad alemana una inconsecuencia de Francia.

Por mi parte hubiera querido mejor que para prevenir tales desgracias, Francia hubiera sido inconsecuente. No lo ha sido, y la unidad alemana ha salido de la unidad italiana que nosotros hemos hecho.

Aquí, señores, podría yo detenerme; pero es más leal resolver plenamente la cuestión y tomar cada uno su parte de responsabilidad, por débil que sea, diciendo cómo cree que debe dirigirse la situación actual. (Muestras de asentimiento.)

Esta situación es ciertamente grave; vosotros lo reconocéis, pues nos pedís armamentos extraordinarios y alarmantes para los pueblos.

¿En qué consiste la gravedad de la situación? Redúzcamola a sus puntos más visibles. Alemania era federativa. Por una parte existía una potencia joven, ambiciosa, con 19 millones de súbditos.

En el centro estaba la Confederación germánica con 47 o 48 millones de habitantes. Al otro extremo, lejos de nosotros, Austria, que contaba 56 millones.

Tal era la organización política de Alemania. ¿Qué resultaba de ella? La impotencia, no para la defensa, sino para el ataque.

¿Qué hay hoy en lugar de esta organización? Prusia, que ora directamente por medio de sus súbditos conquistados, ora indirectamente por sus relaciones con la Confederación del Norte, ha aumentado desde 19 hasta 51 millones el número de sus súbditos.

Y yo pregunto a todos los que se dedican al estudio de la historia: ¿cuál es la potencia que, aun en nuestra época de guerra y de conquistas rápidas haya adquirido en algunas semanas, en algunos años de once a doce millones de súbditos? Esto espanta.

En cuanto a la Confederación del Norte, aunque se llama Confederación, pero es sabido que esta es una ilusión. El Rey de Prusia es el jefe diplomático que la representa cerca de las potencias extranjeras; y es el jefe militar que manda las fuerzas; no tiene más que mandar para poner en movimiento todos los cuerpos de la Confederación.

Dispone del presupuesto normal por un número de años indefinido, dispone de una cantidad de hombres y para cada hombre, de una suma superior a la que cuenta el soldado francés.

Puede decirse, pues, sin exageración, que Prusia posee los 50 ó 51 millones de habitantes de la Confederación del Norte.

No hablaré del magnífico litoral del Báltico, de Brescia, de Amburgo, de Lubek; sino hablemos del continente. Tiene por esta parte una frontera admirable, el Rhin y el Mein. En la confluencia de estos dos ríos está Maguncia, que Napoleón llamó la llave del continente, Maguncia situada en la mitad del curso del Rhin, entre los Alpes y el mar; Maguncia desde la cual se amenaza a las dos riberas de entrambos ríos.

Así Prusia tiene 51 millones de población en vez de los 19 que antes tenía con la primera plaza fuerte de Europa y sobre la frontera más sólida. Aun después de una batalla pérdida, estando apoyada en Maguncia y Colonia, sería muy difícil lanzarla del lado allá de esta barrera.

La Confederación del Sur, comprende nueve ó diez millones de súbditos. Conforme a la paz de Praga, esta Confederación deberá ser independiente. Mas han dicho los Estados que la componen, que pararian en ser la Confederación del Rhin; y por un escrupuloso patriotismo han formado una Confederación militar, conforme al sistema prusiano.

Los tratados que constituyen esta unidad militar se han publicado. Todo el mundo ha podido leerlos.

Se sabe también, porque lo ha dicho el Rey de Prusia y Mr. de Bismark, cuya franqueza corre parejas por lo menos con su habilidad (risas), se sabe además que van a establecerse relaciones muy próximas entre la Confederación del Norte y la del Sur. Estas relaciones consisten en una alianza militar. Prusia tendrá entonces entre súbditos y auxiliares 40 millones de alemanes sobre nuestra frontera. (Impresión.)

Sin duda alguna quedan todavía en Prusia, en la Ajemania del Sur, algunas reliquias del partido feudal, que hoy se sienten oprimido por la fuerza victoriosa; pero, militarmente hablando, no es dudoso para nadie que hay hoy sobre la frontera del Rhin, en lugar de la antigua Confederación Germánica, potente para la defensa, mas no para el ataque, una potencia joven, ambiciosa, de cuarenta millones de habitantes. Y Austria está fuera de la Confederación, sin influencia alguna en ella; y es de desear que logre reconstituirse: pues si no lo consigue, los 15 ó 14 millones de alemanes que la pertenecen, entrarán a ser parte de la gran Alemania.

Y no son estos, señores, los únicos peligros de Europa.

No quiero tratar hoy de la cuestión de Oriente, pero es útil decir acerca de ella alguna cosa. En Oriente hay un peligro no menor. Allí también vais a ver lo que es la política, el buen sentido, la política de la realidad al lado de la política de las nacionalidades, de la política de las quimeras.

¿Cuál es el interés de Europa? Impedir que pase en Oriente algo semejante a lo que sucede en Alemania. Impedir que Constantinopla caiga en manos ya harto poderosas: Constantinopla, de la cual decía Napoleón en Tilsit: «Constantinopla.... allí está el imperio del mundo.»

Ahora bien, notéis que de Inglaterra pueda venir el peligro; no habiéndose inaugurado ya la política de las grandes aglomeraciones, Inglaterra no pensará en Constantinopla. También de ella se cura la desventurada Austria, que harto tiene con pensar en las dificultades de su reconstitución.

Puédese decir sin ofender a una gran potencia; el peligro está en que Constantinopla vaya a caer en manos de los rusos.

Si esa Rusia que se estiene desde el cabo Norte al estrecho de Behing, bañada por los ríos que desaguan en el Báltico y en el Mar Negro, ocupase Constantinopla, tendría mas de 100 millones de súbditos y entonces tendría cumplimento la predicción siniestra de Napoleón. He aquí el peligro de Europa, y la política verdadera consiste en conjurarla.

Y he aquí, ahora, la política de las quimeras. Es preciso, para cumplir la teoría de las nacionalidades, que se levante en Constantinopla un Imperio cristiano, sea yo lo deseo. Hay en Oriente nueve ó diez millones de cristianos, pero están de acuerdo? No, sino divididos por las comuniones y hasta por las razas. Hay dos millones de helenos, cuatro de rumanos; hay slayos, búlgaros y bosnios; no hay una de estas razas griegas dispuesta a soportar la dominación de la otra. En esta situación, ¿cómo crear un Imperio cristiano en Constantinopla? Hé aquí la quimera.

El buen sentido indica que se mantenga a los turcos, porque están allí. No es ciertamente por amor a los turcos... (Risas.) Pero están allí.

Se dice: pero son bárbaros. Sí, más, bárbaros y todo, no lo son más que los que quieren reemplazarlos. Un hombre de Estado, de gran talento, lord Derby ha pronunciado con este motivo pocos días há un discurso muy acertado.

Los turcos no son cristianos, ¿y qué queréis que les haga la política? Ya sé que no son cristianos; ya sé que el Evangelio es superior al Korán; pero después de todo, ¿pácese más un turco fiel al Korán que un cristiano infiel al Evangelio. (Risas.) Yo desearía que pudiese haber en Constantinopla una política conforme a nuestras costumbres, a nuestras simpatías; pero el buen sentido aconseja que se acepte lo que se desprende de la naturaleza de las cosas, y por consecuencia sostener los turcos en Constantinopla.

El peligro, por esta parte, de todo el mundo es conocido: es Rusia. ¿Pero Rusia tiene prisa? No. A su cabeza está un Príncipe muy despierto que gusta más de civilizar a su pueblo que de engrandecerlo; pero este Soberano no está solo, y nunca más que en este momento se han exaltado las pasiones de la nación rusa. Va a verificarse una transacción entre la prudencia del Soberano y la animación del país: Rusia adopta una política de simpatía hacia los cristianos y prepara el porvenir, tratando de hacerlos independientes del Imperio otomano.

He aquí, pues, el segundo peligro de Europa, peligro que está íntimamente ligado al primero. Hay un lazo natural entre la cuestión de Alemania y la de Oriente; este lazo es la unidad de intereses entre Prusia y Rusia.

Rusia hace indudablemente este cálculo: Poco me importa lo que haga M. de Bismark en el Rhin y en el Zúidersee; esto solo interesa a Francia y a Inglaterra; lo que me importa es poder hacer lo que me plazca en el Mar Negro, y Prusia me dejará hacer. Prusia, a su vez, discurre como Rusia.

Los hombres más sagaces se preguntan si hay ya un tratado de alianza entre Rusia y Prusia. Yo no sé nada de esto, pero sé que hay algo mas grave que un tratado de alianza, hay unidad de intereses y esto es lo que constituye la verdadera alianza. (Aprobación en varios bancos.)

No había tratado de alianza entre Italia y Prusia en los primeros días del mes de Abril, y este tratado se hizo en 24 horas porque había unidad de intereses.

Si, ahí está el doble peligro de Europa hoy. Verdad es que al Emperador de Rusia es prudente, y M. de Bismark hábil; ninguno de ellos trata de precipitar los acontecimientos; pero al fin, la situación de Europa depende de la prudencia de un Soberano y de la habilidad de un ministro ambicioso. Los acontecimientos estaban el año último en manos de Francia y hoy están en manos de Prusia y Rusia. Ved el cambio que se ha hecho en la situación. (Nueva aprobación en varios bancos.)

¿Qué conducta seguir? Reconozco que en tal situación no se puede hacer maravillas. Dos políticas tenemos: una de ellas yo la reprobó completamente: en ella vería una iniquidad y un engaño manifestado para Francia.

Quiero hablar de la política de las grandes aglo-

meraciones, de la política que permite ponerse de parte de los ambiciosos; Francia, al obrar así, se haría odiosa al mundo entero; autorizaría todas las ambiciones: se llevaría a efecto la unidad alemana, el Oriente sería invadido, y mientras Prusia y Rusia encontrarían pocas dificultades en Austria y Turquía, Francia encontraría tal vez muchas muy graves al avanzar hacia el Escalda. Esto sería, lo repito, una iniquidad y una torpeza: nosotros seríamos a la vez los más culpables y los más maltratados. (Aprobación.)

La política racional sería ponerse a la cabeza de todos los intereses amenazados, hablar en nombre de lo que Francia ha sido siempre y de lo que debe ser en el mundo, impedir nuevas iniquidades. (Muy bien! Muy bien!)

Yo no deseo la guerra; sería una extravagancia que precipitaria los acontecimientos. Admitámoslo hecho, pero declaramos que no sufriremos que se pase adelante. No tratemos de deslazar los sucesos pasados; pero paremos, suspendamos los acontecimientos futuros. ¿Es necesaria la guerra? No, y mil veces no. La paz basta, y la prueba está en las contemplaciones que Prusia guarda respecto de nosotros: evita herir nuestras susceptibilidades nacionales; reconoce que es preciso contar con Francia y tiene razón; porque Francia, en caso necesario, le probaría que es preciso contar con ella. (Viva aprobación.)

Debe, pues, seguir la política de la paz. Hay más: el desarme sería una cosa muy satisfactoria. Pero si, en el estado de Europa, Francia no fuese fuerte, el mundo andaría trastornado; es preciso, pues, que Francia sea fuerte. Yo no he visto jamás ni veo otra cosa que el interés de mi país. Yo he respetado la dinastía que he servido, pero yo no he amado ni amo otra cosa con pasión mas que a mi país solo. (Muy bien! Muy bien!)

Si, yo examinare sinceramente, como buen francés, como buen ciudadano, el proyecto de reorganización del ejército, y si este proyecto da a Francia una fuerza proporcionada a las inquietudes que aquel causa a las poblaciones, lo adoptaré.

Pues bien, es preciso que Francia sea fuerte, es preciso que Francia llegue a ser la esperanza de las naciones. Los intereses europeos no giran ya en torno a vosotros, y vosotros no tenéis hoy un solo aliado. Vosotros no contaréis seguramente con Austria, que no está aun reconstituida y que no puede pensar sino en sí misma; por otra parte, todavía no ha tenido tiempo de ser confiada y reconocida a Francia. (Risas.) ¿Veréis una aliada en Italia? Italia se ha lanzado a nuevas aventuras. Habiéis querido hacerla dichosa y no lo habéis logrado.

Italia se ha colocado entre dos dificultades que juzgo insuperables. La primera consiste en poner de acuerdo Nápoles, Florencia, Turin y Palermo, en ese país en que se ha querido que prevalezca la política moderada con el consentimiento de los pueblos; la otra, es hacer un presupuesto con mil millones de gastos, y setecientos millones de ingresos solamente. Cada vez que se venen ambas dificultades, Italia se mete en nuevas aventuras; así se ha arrojado sobre Nápoles, luego sobre los Estados de la Santa Sede, después sobre el Véneto; no es difícil hoy prever a donde se lanzará; la cuestión romana está suspendida, pero no resuelta. Italia, pues, no es vuestra aliada, de vosotros que queréis la paz del mundo.

Ahora, España! Pero, lo sabéis bien, nunca los Pirineos han sido más altos que ahora. (Risas.) Inglaterra! Lo sabéis también: está disgustada de los acontecimientos de Europa, y este disgusto ha llegado ya a ser sistema.

Ligada ha estado a nosotros por la confraternidad de las armas: nos ha seguido hasta en las negociaciones de Polonia, y no ha recogido de ellas más que amargos resentimientos. Ha querido cooperar con nosotros en las negociaciones relativas a Dinamarca, y nosotros no hemos sido de su parecer. En este día empezó su disgusto sistemático y se dijo: Mi dominio está en el mar.

Sin embargo, Inglaterra ha sentido una alegría poco generosa con lo que ha pasado en Alemania. No tiene, por lo tanto, razón alguna para interesarse en los acontecimientos. No obstante, cuando ve el Oriente en peligro, está dispuesta siempre a reanimarse, y cuando veo hablar de la política de las grandes aglomeraciones, comprende lo que esto quiere decir, y el Escalda le hace olvidar el Ponto Euxino. (Movimiento.) Puede ser nuestra aliada, pero todavía no lo es.

Rusia no está disgustada, pero sí apartada de nosotros. Después de la guerra de Crimea, no nos guardó rencor alguno. Pero nosotros dimos margen a la negociación de Polonia, y después vino la de Dinamarca.

Ella ha querido tomar allí parte con nosotros, pero hemos sido de otro parecer. En fin, en el momento en que iba a firmarse la paz de Praga, ofreció intervenir con Francia como garante. Esto no fue sino una simple proposición que no se llevó a término.

Hay un periódico bien conocido, que pasa por representar las ideas del Gobierno ruso: *El Diario de San Petersburgo*. Pues bien, este periódico ha dicho: «Evidentemente, ya no existe interés europeo. Por consecuencia cada cual puede seguir el suyo.»

Luego Rusia no piensa mas que en sí misma.

Así, Austria casi estenuada, Italia en busca de aventuras, Inglaterra sistemáticamente separada de los negocios de Europa, pero pudiendo entrar en ellos, en fin, Rusia, no atendiendo mas que a su interés; ¿hay en todo esto una alianza posible? No, sin duda alguna.

Sin embargo, no es imposible atraer a sí los intereses de Europa. El día en que Francia diga que quiere defender todos los intereses amenazados sin atender a ninguno de ellos, y esto de una manera indubitable, ese día, convencidos, Inglaterra se unirá a nosotros ante los peligros de Oriente. Y esta alianza, ya, yo, partidario de la alianza inglesa, nunca la he creído más necesaria que hoy.

¡Ah! El día en que Inglaterra y Francia se unan, ¿sabéis lo que acontecerá? Una clientela muy honrada y poderosa también, la de los pequeños Estados, vendrá a rodearnos, y tendreis, a más de Francia e Inglaterra, a Suiza, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia, Portugal, naciones en que ya se han manifestado algunas inquietudes de que, hace algunas semanas, se hacia eco el discurso de un ministro portugués.

Austria no se haría esperar a esta cita. Y cuando hayais sostenido así la paz de Europa hareis reflexionar a los que yo llamo los ambiciosos. Tal vez entonces se podrá dar a Francia y a Europa el reposo, la tranquilidad y la prosperidad de que tiene gran necesidad y de que carece hace tanto tiempo.

Si, sin duda esta política es modesta como el buen sentido. No os proporcionará los aplausos que obtenéis cuando habláis de libertad de Italia y Polonia; pero es la única buena; la otra yo la llamo política de vana popularidad.

La buena popularidad habéis comenzado a practicarla al anunciar las nuevas libertades. Yo os aplaudo por este pensamiento. Si en el momento en que la pesadumbre de los negocios va a agravitar sobre el país es de toda justicia darle en sus negocios la parte de dirección a que tiene derecho.

Encontraréis también la ventaja de reanimar el patriotismo francés, y no porque el fuego patriótico se haya apagado en Francia. Pero tiene necesidad de ser vivificado por un soplo poderoso: el de la libertad.

Ultima palabra:

Nunca, ni siquiera a una oposición, aconsejaría yo seguir la popularidad, y sin embargo, es natural que la busque; pero para un Gobierno no es la popularidad lo que necesita; los Gobiernos tienen un juez, un juez infalible: el acontecimiento. Es preciso que la política sea confirmada por el

acontecimiento, y no hay aplausos que puedan reemplazar a ese juez.

En cuanto a mí, si aconsejo esa política, es porque la creo buena. Yo no trato de saber si la cuestión del Pontificado, si la cuestión de las nacionalidades son cuestiones populares o no: las examino teniendo en cuenta el estado del país, y este interés me inspira. Si un individuo solo, sin partido, sin apoyo en la prensa puede seguir esta conducta, un Gobierno que tiene en sus manos todas las fuerzas del poder, puede seguirla más segura y más cómodamente por sí mismo.

A concluir, señores, yo os lo suplico por vosotros y por el país, adoptad completamente esta política que yo llamo la política del buen sentido, porque—no añado mas que una palabra, una sola palabra,—no nos queda mas que cometer una falta. (Movimiento prolongado en diversos sentidos.)

En los tribunales franceses se agita una cuestión importante para todas aquellas naciones que han acudido en demanda de fondos a la plaza de París, y por tanto, para España. Los tribunales franceses, son competentes respecto a los Gobiernos extranjeros para conocer de las acciones intentadas contra ellos por los portadores del título que atestigua un crédito? O lo que es lo mismo, aunque en términos más generales: ¿la Potencia que ha contratado un empréstito en una plaza extranjera, tiene el derecho de declinar la jurisdicción de los tribunales del país en que contrató, cuando los acreedores del mismo promueven ante ellos una cuestión litigiosa contra el Gobierno contratante? La opinión de los publicistas franceses responde hasta ahora negativamente a esta pregunta. Rechazan el gran argumento de la independencia de los Estados, invocado en el debate, y hé aquí cómo discurren:

«El principio de la independencia y de la soberanía nacional no tiene un carácter exclusivo y absoluto; no puede prescindir de la idea de la justicia, porque conduciría a la negación de toda verdad y a la destrucción de toda justicia. Por esto al lado de la soberanía del Estado que se manifiesta en los actos interiores y exteriores del poder ejecutivo y en su plena independencia, coexiste otra fuerza social que se llama el poder judicial, la justicia que no pertenece a nadie, cuya gloria estriba en no estar en el dominio de persona alguna. El poder judicial no se enlaza con el ejecutivo más que por la institución de los magistrados; pero una vez designados, no dependen ya mas que de su conciencia. Así son llamados frecuentemente a juzgar entre el Estado y los ciudadanos, ó bien entre el Estado y el Príncipe, sin detrimento alguno de la soberanía y de la independencia del Estado ó del Príncipe.

Por consiguiente, si los tribunales son árbitros y jueces entre el Estado, el Príncipe y los ciudadanos, sin turbar la armonía de las relaciones, y sin atacar la independencia ni la soberanía, ¿porqué no han de serlo igualmente entre los ciudadanos de un país y los gobiernos extranjeros?

Es además evidente, se añade, que en el caso de cuestionarse por razón de un empréstito, el debate se reduce siempre a términos muy sencillos. La dignidad del Gobierno extranjero nada tiene que temer; si dá buenos valores ganará el pleito; si no los presenta buenos, lo perderá, y a menos de no pretender el don de infalibilidad, ó el derecho de la impunidad, deberá inclinarse ante este dilema.

En la mayor parte de los casos, los hechos y las circunstancias que pueden ilustrar el debate han acontecido en el país en que se contrató el empréstito, y pretender que se examinara y decidiera en otra nación, sería lo mismo que variar caprichosamente el lugar del pleito, y privarse de todas las luces que puedan facilitar su solución.

El bey de Túnez, por ejemplo, contrata un empréstito en Madrid (suponiendo que nosotros podamos prestar dinero a nadie). Sobrevienen dificultades para la ejecución de sus condiciones entre los particulares, el Gobierno tunecino y la casa de banca que intervino ó medió en la operación. ¿Podrá ser dilucidado y juzgado el negocio de Túnez? No se habla de la dificultad de que los poseedores de los títulos ó valores atraviesen el mar, y vayan a implorar la justicia del bey de Túnez, juez y parte a la vez.

A estas razones especulativas se agregan otras de autoridad, citando los nombres de los filósofos y los juriscónsultos que han fallado en favor de la competencia.

En resumen; al principio de la independencia y de la soberanía nacional, se opone el carácter particular del poder judicial y el principio de que todo derecho conculcado debe tener una sanción, la cual sólo puede emanar eficazmente del tribunal del lugar en que se celebró el contrato y se contrajo el compromiso.

Y en confirmación de todo se citan estas palabras de Watel: «La justicia es la base de toda sociedad, el lazo seguro de todo comercio. La sociedad humana, en vez de ser un cambio de socorros y de buenos oficios, se convertiría en un estenso bado-lerismo, si no se respetara esa virtud que da a cada uno lo que es suyo.»

A esa altura se halla la cuestión. Ahora los Gobiernos inclinados a contraer empréstitos en plazas extranjeras deben meditarla. ¿

Ayer se recibieron noticias del Perú por la vía de Nueva-York que alcanzan al 26 de Enero.

Habían salido del Callao con destino á Panamá, desterrados, el general Vargas Machuca y los coroneles Segura, Gatico y otros; pero estos se trasladaron en el puerto de Paita á otro vapor con destino á Guayaquil, y es probable que hayan vuelto al Perú.

El coronel D. José Balta, que fué desterrado á Chile, ha vuelto al Perú en secreto, y según una carta de Lima, está de acuerdo con otros, y conspirando contra el Gobierno.

De Lima escriben también lo siguiente:

«Aquí tenemos ya bonos del *Empréstito Barreda Astaburuaga*, celebrado en esa por la suma de 10 millones de pesos, divisible entre Chile y Perú. El interés de la deuda es de 7 por 100, pagadero en oro; y entiendo que los términos para conseguir su realización son onerosos, pues se dice que no recibiremos mas de un 54 por 100, es decir, casi la mitad.»

«Todos creen que la cuestión con España se está arreglando con misterio, y que el Congreso peruano muy pronto tendrá que ocuparse de ella: pudiera suceder, porque en el Callao es muy poco lo que se adelanta en las fortificaciones.»

«Nuestra vecina y aliada Chile también se encuentra trabajada. El partido revolucionario crece y toma proporciones de gigante, y á la sombra de la guerra con España unos y otros se arman y se preparan á una lucha sangrienta, cuando haya terminado el conflicto con Vds. El Gobierno chileno lo ha comprendido así; derivándose de esta situación, el que no entre de lleno y á cara descubierta en arreglos con España: pretende sin duda, hacerse de elementos poderosos para dominar su difícil situación no queriendo representar el mismo papel que el Gobierno peruano de 1865.»

Uno de estos últimos días han sido puestos en libertad los seis ó siete individuos de la tripulación del *Tornado*, que se hallaban aun en poder de la autoridad española. El expediente de declaración de buena presa continúa su marcha regular.

Leemos en La Correspondencia:

«El Cardenal Arzobispo de Burgos, que acaba de morir, ha legado, según nos escriben de aquella capital, la mayor parte de su fortuna para la conclusión del magnífico Seminario conciliar que en la misma se ha erigido y levantado á su costa y por su inspiración. De las alhajas que posea ha legado el anillo, que tiene la singular circunstancia de haber pertenecido al célebre Cardenal Giménez de Cisneros, á la mitra de Toledo, para que lo usen cuantos ocupen aquel Arzobispado, en recuerdo del grande hombre su predecesor. También ha legado un cáliz de oro godo incrustado de riquísimas piedras á la mitra de Salamanca, y otras diferentes alhajas á sus parientes, de los que uno de ellos recibirá un gran brillante, que formaba el centro de su pectoral. Las virtudes, el talento y los beneficios del Cardenal Puente serán de imperecedero recuerdo para sus diocesanos.»

En el mes de Febrero último han satisfecho los periódicos políticos que se publican en esta corte,

por el franquero para el extranjero, las cantidades siguientes:

| ESCUROS. | ESCUROS. |
|----------------------|-------------------------|
| La Epoca..... 416 | La Regeneración 16 |
| La Gaceta..... 95 | La Lealtad..... 9 |
| La Política..... 82 | Diario Español..... 9 |
| Correspondencia 64 | Los Sucesos..... 9 |
| La América..... 46 | El Pensamiento..... 3 |
| La Esperanza..... 56 | El Pabellón..... 5 |
| La España..... 27 | Espíritu Público..... 3 |
| La Reforma..... 16 | El Español..... 3 |

El Licenciado D. Francisco Pindado Hernández, catedrático del seminario de Avila, ha sido nombrado Canónigo lectoral de la santa iglesia catedral de la misma ciudad, previos los ejercicios de oposición que estaban señalados y terminaron hace pocos días.

En la sesión celebrada el sábado por la junta superior de ventas de bienes nacionales, se adjudicaron 1,532 fincas, que salieron á subasta por 15,177,085 rs., y se remataron en 25,412,597, habiendo resultado, por lo tanto, una ventaja para el Estado de 11,935,512 rs. vn.

En la propia junta se han aprobado las redenciones de 1,812 censos capitalizados en 2,575,031 reales.

El gobernador de Cádiz participa que ayer 17, á las diez de la mañana, fondó en aquel puerto procedente de la Habana el vapor-correo *Isla de Cuba* con la correspondencia de aquel punto, que tuvo ingreso en la administración de correos á las doce del mismo día.

El gobernador superior civil de las islas Filipinas participa con fecha 22 de Enero último que el 15 del mismo fondó en aquel puerto el vapor de guerra *Patino* con la correspondencia de Europa de 22 de Noviembre; que el 15 lo verificó también la fragata mercante *Emigrante*, y el 19 la de igual clase *Elena*.

NOTICIAS GENERALES.

Esta mañana á las diez y media se ha celebrado en las Comendadoras de Calatrava una solemne Misa con su Divina Majestad de manifiesto, cantándose después un solemne *Te Deum* en acción de gracias al Todopoderoso por la cesación del destierro del Cardenal de Angelis y demás Prelados italianos y su vuelta á sus respectivas sillas, como también para implorar del Altísimo la continuación de la perfecta salud del Sumo Pontífice.

En los sorteos celebrados anteayer para la adjudicación del premio de 250 escudos concedido á las huérfanas de militares y patriotas muertos en campaña, y los cinco de 50 escudos cada uno asignados á las doncellas acogidas en el Hospicio y Colegio de la Paz de esta corte, han resultado agraciadas las siguientes:

Huérfaña.—Doña Carmen Marcó, hija de D. Tomás, miliciano nacional de Castellón, muerto en el campo del honor.

Doncellas.—Lucía Rodríguez y Peláez de Justo, del Hospicio.—Elvira Bermúdez y Fernández de Ramon, de id.—Natalia Vicenta Tirso de José, del Colegio de la Paz.—Balbina S. P. C. de Sinfonso, de id.—Gabriela de San José, de id.

El nuevo asilo de ancianos, fundado hace poco tiempo en la calle de Hortaleza, junto á la

cuesta de Santa Bárbara, á cargo de las Hermanitas de los pobres, á pesar de que no cuenta con otros recursos que los de implorar la caridad pública, tiene ya un gran número de acogidos de ambos sexos, proporcionando á todos ellos el alimento necesario y las comodidades que exige su edad avanzada.

Parece que en el jardínillo de la plaza de Oriente, inmediato á la calle de Requena, se va á hacer una reforma parecida á la que se verificó hace algún tiempo en el que está al extremo opuesto de la misma plaza, junto al convento de la Encarnación.

Se han solicitado los siguientes privilegios de industria:

«D. Mariano Soley y D. José Estrada, vecinos de Barcelona, de invención por diez años de un sistema de fabricación de lámparas humosferoxígenas.

«D. Agustín Sebastian y doña Teresa Cardies, vecinos de Barcelona, de invención por cinco años de un sistema de fabricación de peines de telares mecánicos elaborados con alambre de latón, hierro ú otro metal.»

La célebre mina «Santa Cecilia» de Hiedelaencina, que tan crecidos dividendos ha producido, y para tantos ágios ha dado motivo en el campo de la especulación minera de Madrid, va á ser engañada por sus actuales accionistas, y el día 25 es la subasta. No faltarán quizá proponentes, pues ahora hay casas que andan aprovechando hasta lo que otros explotadores han arrojado á las escombreras, como parece va á suceder en Garganilla, según la *Revista Minera*.

El 16 del mes de Abril próximo se sustanciará en la forma y sitios de costumbres 2,700 quintales métricos de plomo de primera y 1,000 de segunda, procedentes de las minas de Linares.

Han sido nombrados jefes de tercera clase de las secciones de Estadística, D. Juan Bautista Villarrojo, abogado de los tribunales y D. Miguel Ruiz de Villanueva, cesante del ramo.

Han sido declarados cesantes los jueces de primera instancia:

D. Saturnino Martel, de Santa Cruz de la Palma.

D. Luciano del Hoyo, de Cervera de Río Pisuerga.

D. José García Aragón, de Bollana.

Las máquinas de coser han recibido una gran modificación introducida por los señores Willcox y Gibbs, de Nueva-York. Estas nuevas máquinas producen el prodigioso resultado de hacer hasta 1,500 puntos por minuto, sin que el cosido deje de ser tan fuerte como el hecho á mano, ya sea el más ligero pespunte ó el más complicado bordado, y esto sin necesidad de hilvanar, pues para este efecto tiene una aguja, adicionada por los señores Gritzner, de París. Los señores Guarin y Vila han ofrecido una de estas nuevas máquinas á S. A. R. la Infanta doña Isabel, que se ha dignado aceptarla como un mueble de gusto y grande utilidad y sencillez.

Una carta de París dice que están bastante atrasados los trabajos para la exposición universal y se duda por algunos que pueda inaugurarse la exposición el 1.º del próximo Abril. Pero se inaugure ó no, lo que parece indudable es que hasta Mayo no estará organizada, sobre todo la galería de máquinas que es donde se nota más el atraso de los trabajos, y lo sorprendente es que la sección francesa sea la que en esta parte esté más atrasada, hasta el punto de que, en opinión de nuestro corresponsal, se necesitan cerca de tres meses todavía para dejarla organizada completamente. Desde el domingo último se ha prohibido la entrada del público en el palacio, á fin de que los trabajos continúen con más actividad.

Algunos periódicos extranjeros hablan de una planta llamada *diss*, que se da espontáneamente y en gran abundancia en el litoral de la Argelia, y que parece muy á propósito para obtener una pasta escelente y económica para la fabrica-

ción del papel, según los ensayos que dicen haberse practicado por varios fabricantes.

El escritor D. José Arroyo está haciendo una compilación de las poesías mas notables de todos los poetas que forman la pléyade mas gloriosa del Parnaso español. De esta colección se va á hacer una edición de gran lujo.

Estado sanitario.—Si se exceptúa algún día en que por dominar el viento Noroeste se ha sentido algo de fresco por la tarde, el tiempo que ha reinado en esta corte durante el último septenario ha sido el que disfruta comunmente en los climas templados al inaugurarse la estación de las flores. Señalando el termómetro de ocho á trece grados de Reaumur, marcando el barómetro de 701 á 704 milímetros, y soplando casi constantemente los vientos S. S-O. y S-O., el cielo se ha visto cubierto ó con nubes, llegando la lluvia en algunos días á 15 milímetros.

No habiendo habido notable variación en el tiempo, tampoco la ha habido en el estado sanitario. Siguen observándose algunos casos de pleuresías y pulmonías, de anginas, de fiebres catarrálicas que recuerdan la gripe, de fiebres gástricas que pasan á tifoides en el segundo setenario, y de congestiones hepáticas y cerebrales que comprometen la vida de los pacientes. Ya no se observa la escarlatina en los niños; pero siguen estos sufriendo el sarampión, los catarrós laringeos y bronquiales y la coqueluche. Las pocas defunciones que han ocurrido han recaído principalmente en enfermos atormentados por padecimientos crónicos de pecho y de vientre.—(*Siglo Médico*.)

El Sr. D. José Julian Acosta, comisionado elegido por el ayuntamiento de Puerto-Rico para representar en la junta de información sobre reformas de Ultramar, ha sido nombrado individuo correspondiente de la Academia de la Historia en mérito del notable trabajo histórico acerca de aquella isla, que recientemente ha publicado.

Según un periódico, la población de la ciudad de Jerusalén se compone, en cifras redondas, de 7,100 judíos, 5,000 mahometanos y 5,400 cristianos. Entre los últimos, los griegos, como sucede generalmente en Palestina, se encuentran en mayoría (2,000) respecto á los católicos, que no pasan de 900. Entre los mahometanos hay solamente ocho familias que se tienen por descendientes de los compañeros de armas del orgulloso sultán Saladino, el conquistador de Jerusalén en tiempo de las Cruzadas.

Los periódicos norte-americanos citan un caso de combustión espontánea, ocurrido uno de los días de la penúltima semana de Febrero en Columbus, á cuarenta millas de Indianópolis. Andrew Note, alemán y gran bebedor de whiskey, fué hallado muerto en su taller, con los labios y las mejillas quemadas y enteramente carbonizadas la lengua. Las narices estaban también abrasadas, como si por ellas hubiese brotado un chorro de fuego. En el momento de hallarlo sus vestidos ardían aun; pero no tenia mas quemaduras en su cuerpo. Se cree que el infeliz bebedor fué á encender un tabaco y se inflamó interiormente como si fuera un fósforo.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Gabriel, Arcángel.

SANTO DE MAÑANA. San José, esposo de Nuestra Señora.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia parroquial de San José, donde se celebrará á su glorioso titular con Misa mayor y sermón, que predicará D. Raimundo Carrillo, y por la tarde en la conclusión de la novena, dirá el sermón D. Ambrosio de los Infantes: como último día de Jubileo,

se hará procesion al Santísimo Sacramento ántes de reservar.

Se celebrarán solemnes funciones al Patriarca San José, y serán oradores: en Santo Tomás, el Padre José Joaquín Montalbán; en San Antonio del Prado, D. Pedro Palomeque; en las Comendadoras de Calatrava, D. Miguel Fernandez; en las de Santiago, D. Patricio Páramo; en las Recoigidas, don Manuel García Menéndez, y en el Caballero de Gracia D. Basilio Sanchez Grande.

Se celebrará la función principal al Patriarca San José, y terminan sus novenas en las iglesias siguientes, y serán oradores: en Monserrat, en la Misa de Pontifical, D. Casimiro de Erro é Irigo, y en los ejercicios de la tarde, el Excmo. Sr. Claret. En San Ginés, el señor Cura párroco y el Padre Cipriano Tornos. En San Luis, D. Isidro de la Fuente y Almazán y D. Florencio Menéndez. En Santa Cruz, el Padre Tornos y el Padre Montalbán. En San Ignacio, D. Manuel Vilamala y D. Antonio Cifredo, y en San Millán, D. Juan Rolando y don Agustín Llorente.

En las parroquias, San Isidro, Capilla Real, Italianos, Beaterio de San José, San Antonio del Prado, conventos de religiosas Maravillas y de Santa Teresa, habrá también Misa mayor á las diez. En la iglesia del Hospital de San Pedro de los Naturales, habrá por la tarde á las cuatro ejercicios espirituales con manifiesto, *Miserere* y sermón, que predicará D. Angel Gracia.

Al anochecer predicará en la Bóveda de San Ginés D. Luis Peralta, y en Italianos D. Ambrosio de los Infantes.

Visita de la Corte de Maria.—Nuestra Señora de la Visitación en los dos monasterios de señoras Salesas Reales, ó la de las Victorias en la Encarnación.

Se reza de San José, con rito doble de segunda clase y color blanco, haciéndose conmemoración de la Féria.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

REAL ORDEN.

Negociado 9.º.—Ilmo. Sr.: Enterada la Reina (que Dios guarde) del expediente instruido con motivo de la duda ocurrida acerca de si las religiosas en clausura, cuya regla no les permite descubrirse el rostro ante personas extrañas á la comunidad, deben ó no verificarlo levantándose el velo al otorgar cualquier acto ó contrato que haya de pasar ante notario público, á fin de que este pueda asegurarse de la identidad de la persona y dar fé de su conocimiento; y considerando que no pudiendo el notario prescindir de este requisito exigido por el art. 25 de la ley del Notariado, es indispensable que las religiosas oírgantes se descubran el rostro siempre que aquel lo estime necesario á dicho fin, toda vez que pueden efectuarlo con la licencia y autorización debidas; de conformidad con lo consultado por la seccion de Estado y Justicia del Consejo de Estado, y con lo propuesto por V. I., se ha servido S. M. resolver que siempre que las religiosas en clausura hayan de otorgar un acto ó contrato ante notario, deberán descubrirse el rostro para los efectos del art. 25 de la ley del Notariado, obteniendo previamente para ello la venia de la autoridad eclesiástica correspondiente.

De Real orden lo digo á V. I. para su conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 10 de Marzo de 1867.—Arraola.—Ilmo. señor subsecretario de este ministerio.

Rebaja á las corporaciones, sociedades mercantiles y á los particulares, que anuncian periódicamente.

Hay viñetas y titulares para anuncios de mayor tamaño.

SECCION DE ANUNCIOS.

Cada línea de anuncios de letra del cuerpo número 8, cuesta 55 céntimos de real; pero no se insertará anuncio por pequeño que sea por menos de 4 rs.

El precio de los comunicados es el de 2 reales vellón línea de letra del expresado cuerpo.

APARATOS CONTINUOS

para fabricar bebidas gaseosas de todas clases.

Agua de Seltz, limonadas, vinos espumosos, etc.

PARA LA GASIFICACION DE CERVEZAS, PRIVILEGIO. S. G. D. G.

HERMANN LACHAPPELLE Y CH. GLOVER,

CONSTRUCTORES MECANICOS,

144, rue du Faubourg Poissonniere, Paris.

APARATO COMPLETO DE FABRICACION FUNCIONANDO Á BRAZO.

(Vista del conjunto.)



Estos aparatos de compresion mecánica y fabricacion continua pueden producir en un dia, y según su fuerza, desde 20 á 10,000 botellas de todas clases de bebidas gaseosas. Son los únicos que llenan todas las prescripciones de los consejos de higiene y de salubridad. Los únicos que evitan el salir de los talleres son sometidos á las pruebas legales, exigidas por todos los aparatos que han de funcionar por alta presión; los únicos que responden á todas las necesidades de una explotación industrial.—Son garantidos de todo defecto de construcción.

Se evitan prospectos, franco.

Los sujetos que tengan intención de dedicarse á esta lucrativa industria deben procurarse el *Manual del fabricante de bebidas gaseosas*. Se envia franco este magnífico volumen, adornado de 30 grabados, publicado por los constructores, mediante 5 francos en sellos de correo.—La Agencia franco-española, en Madrid, 31, calle del Sordo, trasmite los pedidos.

ENFERMEDADES DE LA PIEL

RESULTA de los experimentos hechos en la India y Francia por los médicos mas acreditados, que los *Granilios* y el *Jarabe de Hidrocotila* de J. Leprieux, son el mejor y el mas pronto remedio para curar todas las *empeines* y otras enfermedades de la piel, aun las mas rebeldes, como la *lepra* y el *elefantiasis*, las sífilis antiguas ó constitucionales, las afecciones escrofulosas, los reumatismos crónicos, etc.

Depositario general en París: M. E. Fournier, farmacéutico, rue d'Anjou-Saint-Honoré, 26.

Para la venta por mayor, M. Labélongue y C.º, rue Bourbon-Villeneuve, 19.

Depositos en Madrid: D. J. Simon, calle del Caballero de Gracia, 1.—Borrell, hermanos, P.º de la Sol, 5, 7 y 9.—Moreno Miguel, calle del Arenal, 6.—Sr. Sanchez Ocaña, calle del Principe, 13.—Escobar, plaza del Angel, 7.—La Agencia franco-española, 31, calle del Sordo sirve los pedidos. En provincias en las principales farmacias. (A.)

CONSTIPADOS COQUELUCHE.

VERBASCINA-PATON.

preparada por Ch. PATON, laureado de la Escuela de Farmacia, PARIS, 4, rue de la Verrerie.

Madrid, Moreno Miguel, Sanchez Ocaña y Escobar. La Agencia franco-española, 31, calle del Sordo sirve los pedidos. En provincias sus depositarios. (A.)

VILMORIN ANDRIEUX ET C.º

1. Quai de la Mégisserie, Paris (France).

Comerciantes de simientes de legumbres, forrajes y bosques, de flores, cebollas de flor, árboles frutales, árboles silvestres, ornamentos, etc., etc.

Expiden directamente para toda España los artículos de su comercio, y enviarán sus catálogos francos á las personas que lo pidan.

(A)

LIQUEUR DE BREA CONCENTRADO

LIQUEUR DE Goudron Concentrée

Preparado por E. GUYOT, farmacéutico, place Goulin, 1, en Paris.

Único medicamento adoptado por todos los médicos de los hospitales de Paris, para la mejor preparación instantánea y á dosis fija del Agua de Brea. — Adminístrese con éxito en los catarrros de los bronquios y de la vejiga, las *ronqueras*, las afecciones cutáneas, los *ordinales* y *conculosis*, las *peridias* crónicas y recientes.

(Dos cucharadas de este licor para un litro de agua, ó una cucharadita de Agua de Brea.)

ES EL MODIFICADOR MAS EFICAZ DE LAS MUCOSAS DEL ESTOMAGO Y DE LA VEJIGA.

Precio del frasco en Paris, 8 reales; en Madrid, 12 reales.

(Pa. preparar doce litros de Agua de Brea.)

Véndese en Madrid, en casa de los SS. Sanchez Ocaña, Escobar y Moreno Miguel.—La AGENCIA FRANCO-ESPAÑOLA, 31, calle del Sordo, sirve LOS PEDIDOS.—En provincias sus depositarios.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demás medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteración de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Píldoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instrucción indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atención y que se exija el verdadero LE ROY. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma

Véndese en Madrid al por menor en las Farmacias de los SS. CALDERON, Principe, 13; ESCOBAR, plaza del Angel, 7; MORENO MIGUEL, Arenal, 4 y 6.—La AGENCIA FRANCO-ESPAÑOLA, 31, calle del Sordo, antes Exposición extranjera, calle Mayor, 10, sirven los pedidos.

(Núm. 2,510.—A.)

ACEITE DE HOGG

DE HIGADOS FRESCOS DE BACALAO

Tisis, afecciones escrofulosas, las crónicas, reumatismos, flaqueza de los niños, gota, debilidad general (engorda y fortalece).—Dúcese y fécil de tomar.—Mención honorable.—En París, farmacia HOGG, rue Castiglione, 23 1/2.

Depósito en las buenas farmacias.

Paris, 8 y 5 francos el frasco. Madrid, Sanchez Ocaña, Escobar y Moreno Miguel. La agencia franco-española, calle del Sordo, 31, sirve los pedidos; y en provincias sus depositarios. (A.)

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR.

Los médicos de los hospitales recomiendan el Rob Boyveau-Laffecteur; es el único autorizado por el Gobierno y aprobado por la sociedad de medicina, garantizado con la firma del doctor Giraudeau de Saint-Gervais; médico de la facultad de Paris, es un medicamento de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo; se emplea en la marina real hace más de sesenta años, y cura en poco tiempo con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empeines y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar:

| | |
|------------------------|-------------------|
| Herpes, abscesos. | Reumatismo. |
| Catarros de la vejiga. | Hipocondría. |
| Palidez. | Hidropesía. |
| Acresas nerviosas. | Mal de piedra. |
| Úlcera. | Gastro enteritis. |
| Sarua degenerada. | Escrófula. |
| | Escróbuto. |

Depósitos, noticias y prospectos gratis en casa de los principales farmacéuticos.

Albacete, Gonzalez Rubio; Alicante, Soler y Estruch; Barcelona, Hernandez; Alcorcón, Alonso Elmeria; Gome; Talavera, Antequera, Mir de As Rios; Algeciras, R. Almagro, Utor Suarez, la de Muro, A. de Reyna; Barcelona, Borrell, hermanos, José Amador, hijo de J. Cros, Calafell y Sierra, Fors y Formiguera, Guarsch, Martí y Argas, Pujol y Castella, Ramon Cuyas, Remedio Balart, viuda Stals, San Martín y Puig, Vidal y Rivas, viuda de Padró; Bilbao, E. de Arriaga, de Monasterio, Somonte y Ortiz; Béjar, Cristóbal de Anaya; Burgos, Barriocanal, Julian de la Llera, L. Colina; Badajoz, Ordoñez; Cáceres, doctor Salas; Cádiz, Tacconet, Martinez, Saleses y compañía, Serafin Jordan, Mateos, Muñoz, Astur Furcon; Cartagena, Pablo Marquez, Bustio y Menchero; Córdoba, Diego de Raya, viuda de Avilés, Rodriguez y Martín; Ciudad-Real, Rueda; Coruña, Bescansa, hijos, Diego Moreno; Elda, Ulzurrun de Sax; Girona, Garriga; Gibraltar, Patron y Deni, Freeth y compañía, Tremey, y Deni; Madrid y Roberto; Jin, Cuesta; Granada, Miguel Delgado, Jimenez Torres, Vazquez de Godoy; Huesca, Sagrista, Guallar; Jaen, Perez Albar; Játiva, Serapio Artigues; Jerez,

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Escrita en frances por Luis Veulliot y traducida por D. Antonio Juan de Vildoso. Segunda edición, tomada de la sexta francesa.

Esta magnífica obra consta de un tomo de 500 páginas en 4.º marquilla, de papel satinado ó impresion de lujo, con una hermosa imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

Precios en Madrid: 56 rs. en rústica, 42 en pasta y holandesa, y 44 en tela con relieve. En provincias, 42, 52 y 54 respectivamente.

Se halla de venta en las principales librerías y en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, dirigiendo los pedidos al director, D. Antonio Perez Dubrull, en la expresada imprenta.

(Núm. 534.—2 g. y 2 p.)

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMÁS.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL. Calle de Pelayo 54, á cargo de R. Labajos y Arenas.